

El género del
CORAJE
III



181364

071298

178433



El *género* del **CORAJE**

Crónicas sobre **mujeres policías**,
víctimas en el conflicto armado interno colombiano

Publicación de la Policía Nacional de Colombia

Coronel

JUAN CARLOS CASTELLANOS ÁLVAREZ

Jefe Oficina de Comunicaciones Estratégicas

Teniente

EDWIN ALEXÁNDER PULIDO TORRES

Jefe Grupo de Diseño, Publicaciones e Identidad Visual

Imágenes e ilustraciones

Federico Ríos

Fotógrafo independiente

Fotografías obtenidas de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución

Pordada: Federico Ríos - Fotógrafo independiente

Diseño, diagramación e impresión

IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA

www.imprenta.gov.co

ISBN: 978-958-8698-33-5

Bogotá, D. C., agosto de 2020

Los argumentos y opiniones expuestos en este documento son de exclusiva responsabilidad del autor, reflejan su pensamiento, no necesariamente el de la Policía Nacional. De igual manera, esta publicación puede ser reproducida en su totalidad o en parte para fines educativos o sin fines de lucro, sin permiso especial del titular de los derechos de autor, siempre y cuando se haga mención de la fuente.

Citación sugerida: Policía Nacional. (2020).

Se permite la copia de uno o más apartados completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.



POLICIA NACIONAL DE COLOMBIA

El género del **CORAJE**

General

OSCAR ATEHORTÚA DUQUE
Director General Policía Nacional

Mayor General

GUSTAVO ALBERTO MORENO MALDONADO
Subdirector General Policía Nacional

Doctor

CARLOS SÁNCHEZ GAITÁN
Rector Universidad Jorge Tadeo Lozano

Director del Proyecto

Coronel

ALBA PATRICIA LANCHEROS SILVA
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz -
UNIPEP

Codirectores del Proyecto

Teniente Coronel

FERNANDO JOSÉ PANTOJA CUÉLLAR
Jefe Área de Historia, Memoria Histórica
y Víctimas - UNIPEP

Mayor

JUAN PABLO ORTIZ RAMÍREZ
Jefe Grupo de Historia, Memoria Histórica
y Contexto - UNIPEP

Mayor

JAIR ALVEIRO BENAVIDES PLAZAS

Docente y Periodista

ÓSCAR DURÁN IBATÁ
Director del CrossmediaLab
de la Universidad Jorge Tadeo Lozano

Investigadores

Capitán

RAFAEL EDUARDO MURCIA CÓRDOBA

Programa de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano

Daneisi Julied Rubio Rosero
Jéniffer Karina Corzo Romero
Karen Johana Zapata González
Ana María Sánchez Guzmán
Angie Marcela Garay Hernández
Karen Yulieth Forero Páez

Edición

Capitán

ANGÉLICA LORENA SALAZAR
TIBAQUIRÁ
Oficial de Enlace Unidad Policial para la
Edificación de la Paz - UNIPEP

Revisión Jurídica

Brigadier General

PABLO ANTONIO CRIOLLO REY
Secretario General Policía Nacional

ASE 16. Jenny Alexandra Montaña

Dedicatoria

A las mujeres de la Policía Nacional que han sido víctimas en el conflicto armado interno. Heroínas que, siendo madres, hijas, hermanas o esposas, ofrendaron su vida con la firme convicción de entregarnos un mejor país.

A las familias que hoy sufren la ausencia de un ser querido que, vestido de verde aceituna y a pesar de la excesiva cuota de dolor, comparten recuerdos y memorias traducidas en palabras indelebles.

A las futuras generaciones, para que no olviden el sacrificio hecho por miles de mujeres policías en busca de la paz.







Agradecimientos

A los integrantes de la UNIPEP, en especial a los funcionarios del Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas; a la Universidad Jorge Tadeo Lozano .

Esta obra se enriquece a partir de los relatos, testimonios y vivencia de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución que colaboraron en esta construcción narrativa, así como por los aportes del señor Mayor Juan Pablo Ortiz Ramírez y del Teniente César Augusto Merchán Camargo, que enaltecen estas experiencias de vida.

CONTENIDO

- 1 Un sueño hecho realidad** 16
Angie Garay Hernández
- 2 Vivir para contarlo** 31
Ana María Sánchez
- 3 El valor de una promesa** 43
Ana María Sánchez
- 4 Los sueños caídos de un ángel** 59
Jennifer Corzo
- 5 Policía de alma, vida y corazón** 76
Karen Zapata González
- 6 En memoria de una mujer valiente** 87
Daneisi Rubio Rosero
- 7 De la oscuridad a la luz** 101
Karen Forero
- 8 Entre altas y bajas, así es mi vida en la Policía** 113
Karen Zapata González





PRÓLOGO

“Más voces para la historia del conflicto”.

Por **Ginna Morelo**

Las huellas de la guerra podrían ser las mismas en ellas y en ellos. Los recuerdos imborrables de momentos que marcan el destino también podrían categorizarse en palabras: dolor, ruptura, miedo, tristeza, valentía y coraje. Todas y todos las han sentido en carne propia, sin embargo, la mirada aguda de lo femenino aporta más elementos sensibles a la reconstrucción de la memoria colectiva del conflicto de un país y a entender sus profundidades.

En mis tantas coberturas sobre la violencia en Colombia, hablé con unos y otros actores. Abordé a chicas y chicos de un bando y de otro. Una de las preguntas a la que llegábamos más temprano que tarde, y que me generaba excesiva curiosidad, la de todo periodista, era la de pedirles que intentaran resumir en una frase qué significaba la guerra y qué significaba la paz. De las libretas de apuntes que conservo extraigo dos:

-La guerra es combatir. La paz es admitir que la fuerza no era el único camino, me dijo un hombre policía en el sur de Córdoba.

-La guerra es tristeza. La paz es esperanza. Ambas toman tiempo, me dijo una mujer policía en el Carmen de Bolívar.



PERFIL:

Mujer Caribe. Reportera de asombro inacabado, editora y profesora universitaria. Autora de *Tierra de sangre*, *Memorias de las víctimas* y *Córdoba, Una tierra que sueña*. Coautora de varias guías periodísticas sobre memoria, conflicto y paz, migraciones. Ganadora de varios premios de periodismo a nivel nacional e internacional.

De ambas rescato la verdad y la entereza para resignificar los momentos vividos. De la frase de la mujer policía me quedo con ese deseo de querer trascender del presente al futuro, uno lleno de esperanza.

Y de eso es justamente de lo que hablan las crónicas sobre mujeres policías, víctimas del conflicto armado interno colombiano, escritas por estudiantes del Programa de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano: Daneisi Rubio, Jennifer Corzo, Karen Zapata, Ana María Sánchez, Angie Garay y Karen Forero, orientadas por el director del CrossmediaLab, Óscar Durán.

En estos trabajos hay un esfuerzo por atender y entender al otro en clave de esperanza. No solo se trata del dolor vivido, de los momentos terribles que ellas, en su condición de mujer, tuvieron que padecer al estar inmersas en la guerra. Las mujeres escribiendo sobre mujeres uniformadas se preguntaron desde sus yos internos lo que representa ser una fémina en el conflicto, todo lo que está en juego. Preguntaron a ellas sobre pensamientos y sentimientos, y a los familiares de quienes ya no están sobre esa fe interna que les permitió ver que los sucesos eran siempre momentos para explorar distintos caminos.

En el libro hay un claro enfoque de género, pero no uno que se elabora para cumplir con un canon, sino uno que explora la reconstrucción pública de espacios que antes quizá no eran protagónicos, pero que a partir de las vidas de las policías Gladis Gómez, Adriana Rodríguez, Érika Olivera, Aura Santos, Catherine Serrato; la agente muerta Nancy Vargas; la ahora fiscal Marelvis Cadavid; y la mamá orientadora de los policías, Blanca Olivera, lo recobran. Sus testimonios y acciones de vida son pasos valiosos para recordar. La decisión de portar el uniforme



Fuente: Fotografía tomada por Angie Garay Hernández

Por: Angie Garay Hernández

UN SUEÑO HECHO REALIDAD



*“Todos llevamos dentro una insospechada fuerza,
que emerge cuando la vida nos pone a prueba”*

Isabel Allende. Escritora chilena.

Un día nuevo comienza en la vida de la coronel Gladis Gómez Galvis, esta vez ya no con el sonido intenso de la diana indicando que es hora de levantarse para asistir a la reunión de brigadieres a las tres y media de la mañana, luego trotar como es habitual y posteriormente, en tiempo récord, estar bañada, vestida impecablemente con el uniforme, perfectamente peinada para pasar a formación antes de que suene el himno nacional. Hoy, casi veintinueve años después de haber ingresado por la gran puerta blanca de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, el sonido que acompaña sus mañanas es el de un gallo anunciando que las labores en el campo ya deben iniciar.

Gladis se levanta, realiza todo un ritual para arreglarse, cepilla y recoge perfectamente su largo y abundante cabello rubio que ya se ha empezado a teñir con algunos visos plateados. Mientras se mira

al espejo, se crea un contraste entre el verde de las cortinas que adornan los ventanales de su habitación, algunas paredes de su casa de la misma tonalidad y la mezcla de verde esmeralda y azul de sus ojos que heredó de su madre. Indudablemente, este contraste de tonos verdes evoca el color insignia de la Institución a la cual decidió dedicar su vida vistiendo orgullosamente el verde aceituna desde 1991.

Antes que los primeros rayos del sol empiecen a teñir las montañas de Boavita, municipio que la vio nacer y crecer, Gladis y Jhon Fredy, su esposo, disfrutaban respectivamente de una taza de café artesanal cultivado en su finca y de una aromática de menta, hierbabuena o limoncillo, extraída directamente de la huerta personal.

Desde su balcón contemplan los imponentes paisajes boyacenses; se ve el tejado de la casa donde la coronel vivió sus primeros años de infancia y adolescencia. Una casa color turquesa con rejas blancas, estufa de leña y horno de barro, desde la que siempre se ha escuchado el canto de los pájaros que la señora María Antonia Galvis de Gómez, su madre, cuida con especial amor y dedicación. Esa misma humilde y acogedora casa que recorrió durante cuatro décadas vestida con el sombrero y las polainas imaginando “como se vería cuando fuera policía”, al igual que lo hacía su padre, Abelardo Gómez López, un carabinero de pura cepa.

“Yo realmente crecí en medio de uniformes”, afirma la coronel Gómez cuando cuenta cómo nació el deseo por dedicar su vida a la Policía Nacional. Siempre existió en ella la fascinación por la uniformidad, la disciplina y los símbolos institucionales, incluso desde antes de hacer uso de la memoria.

María Antonia cuenta que, desde muy pequeña, su hija se vestía con toda la indumentaria del papá, le quitaba el palo a la escoba, con el que se asomaba por la ventana de la casa y afirmaba que era su escopeta. Su madre también recalca que le causa curiosidad cómo, desde los juegos inocentes de una niña, ya se empezaba a dibujar el futuro que el paso de los años construiría.

Cuando Gladis se encontraba cursando los primeros años de educación básica primaria en la Institución Educativa Técnica Agrícola sede Cabuyal, a tan solo diez minutos de su casa, sus padres se desempeñaban como docentes allí. Su madre era una de las cinco profesoras permanentes que tenía a su cargo casi ciento veinte niños, entre los que se encontraban los cuatro hermanos Gómez Galvis, mientras que su padre era el docente asignado para cubrir el área de educación física y deportes. Cuando llegaba el anhelado día de la clase de educación física, a la pequeña Gladis no le cabía el orgullo en el pecho de ver que era su padre, Abelardo Gómez, quien llegaba en un imponente caballo con su elegante sombrero y perfectamente uniformado a dirigir la sesión. Este es uno de los primeros recuerdos que tiene de cómo surgió en ella la fascinación por la Institución.

Desde una corta edad, la coronel Gómez pasaba la mayor parte de su tiempo dentro de los comandos de Policía en los que laboraba su papá; allí era el centro de atención de todos los compañeros. Gladis afirma que ella era como “la mascotica del comando”, pues para la época era muy pequeña y enérgica. Pasaba los días allí saltando de camarote en camarote, disfrutando ver las labores que ejercía su padre.

A medida que crecía, lo hacía también la voz de mando que la caracterizó en su rol de hermana mayor y, a la par, el anhelo que tenía de pertenecer a la Policía Nacional. Llegada la adolescencia, Gladis sabía que ser policía era su plan A, B, C y Z; así lo evoca la profesora Temilda Figueroa Umaña, quien acompañó todo el proceso de la coronel en sus estudios de básica secundaria. En el transcurrir de este proceso, lo que más llamaba la atención de sus profesores y compañeros era el hecho de que la pregunta “¿qué quieren ser cuando sean grandes?”, Gladis, con toda la certeza y convicción del mundo, respondía: “Yo seré policía”.

A finales de la década de los ochenta, Abelardo Gómez decidió emprender un viaje junto con su hija a fin de que ella conociera cómo era la vida dentro de la institución educativa que, en un par de años, le abriría sus puertas y



Fuente: Fotografía suministrada por uniformada.

la acogería durante su proceso de formación como oficial de Policía. Gladis llegó a una Bogotá imponente, pero considerablemente menos poblada que ahora. En ese entonces no era merecedora de la distinción de “*ciudad caótica*”, que ella y su esposo usan entre risas para referirse a la capital del país.

18

Al entrar por primera vez a la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, Gladis se encontró con la imagen de los cadetes realizando actividad física y se sintió cautivada por la uniformidad con la que trotaban, aquella sincronía a la cual ella anhelaba pertenecer.

Cuando llegó el esperado día en el que sus papás la dejaron en la General Santander, Gladis recuerda los sabios consejos de su padre, quien le insistía que debía ser fuerte, mantenerse centrada en sus objetivos, no dejar que nada ni nadie la hiciera dudar de sus habilidades y su compromiso. Hizo especial énfasis en que debía competir a la par con los hombres, pues su

padre ya conocía las dinámicas dentro de la Escuela y sabía que muchas mujeres entraban como cadetes, pero eran pocas las que se mantenían y lograban salir como subtenientes.

La coronel Gómez tenía claro, desde la primera vez que puso un pie en la Escuela, que todos sus logros serían a causa de sus méritos. Entró con la firme convicción de ganar el respeto de sus compañeros gracias a su responsabilidad, puntualidad y disciplina.

Gladis se destacó, por ser una excelente deportista gracias a su paso por la educación básica secundaria encontrando fascinación por deportes como el atletismo y el baloncesto. Sus habilidades deportivas fueron de gran atractivo para los equipos durante las pruebas deportivas, de resistencia y fuerza.

La frase “¡Vuelta al estadio! Era algo cotidiano pero en ese entonces venía acompañado de la siguiente expresión “el que llegue después de Gómez se queda sin salida”. Esta competencia era posible debido a sus piernas cortas que le daban una ventaja sobre los demás compañeros, siendo esta una razón para que ingeniaran métodos poco ortodoxos para llegar antes que ella, lo que llevó al teniente a tomar la decisión de dejar sin salida a la compañía ese fin de semana.

Gladis Gómez recuerda ser aquella estudiante “come cuadernos”, la que se sentaba siempre en los primeros puestos del salón junto a su compañera Olga Lucía Arana, la mejor del curso. Gladis sentía mucho respeto y admiración por Olga, pues vio en ella un referente. Entre risas, la coronel Gómez recuerda la “competencia sana” que mantenía con su compañera, pues al respaldo de su cuaderno siempre llevaba apuntadas las notas de ambas para tener un punto de referencia y saber en qué momento “meterle el acelerador” para no quedarse atrás.

Durante este período de formación, Gladis siempre fue consciente de los riesgos que asumió cuando decidió dedicar su vida al servicio de la patria. Ella se formó sabiendo que era una época dura para la fuerza pública con

el auge del narcotráfico en Colombia; esto era algo en lo que siempre le hacían énfasis en la Escuela de Cadetes, pues era su deber como Institución formar oficiales de Policía aptos para enfrentar la realidad del país. Sin embargo, aplicar los conocimientos aprendidos en las aulas resulta difícil cuando estas realidades muestran su peor cara.

A principios de diciembre de 2003, Gladis Gómez, quien en ese entonces ya había obtenido el grado de capitán, fue asignada para desempeñarse como jefe de la Seccional de Investigación Criminal (SIJÍN) en el departamento de Casanare.

Sin siquiera haber terminado de establecerse totalmente en su nuevo lugar de residencia, la entonces capitán Gómez, con la proactividad que la ha caracterizado a lo largo de su vida, quiso acompañar a su nuevo equipo de trabajo a realizar una inspección judicial sobre unos vehículos que se encontraban vinculados con un caso de homicidio que tuvo lugar en Villanueva, Casanare, a fin de tener conocimiento sobre su nueva zona de trabajo y familiarizarse con la jurisdicción que dependería de su labor.



Fuente: Fotografía suministrada por la uniformada.

Aquel 5 de diciembre del 2003, el día para Gladis empezó temprano, como de costumbre. Vestía *blue jean*, botines negros de tacón ancho y una blusa fresca para poder lidiar con “ese calor tan endemoniado” que caracteriza a ese departamento. Recogió su cabello en forma de coleta, como siempre lo ha hecho, buscó entre sus joyas un crucifijo de oro que le regaló la mamá de una de las subtenientes que ella acompañó en su proceso de formación y, a pesar de que no es una mujer que se maquilla, ese día lo hizo para transmitir una mejor imagen a sus nuevos compañeros de trabajo.

Cuando el reloj marcaba las cuatro de la mañana, llegó a recogerla un carro oficial blanco Nissan Frontier, abordado por el agente Jairo Álvarez y los subintendentes Fredy Alexander Lozano y Fredy Cárdenas. Con la capitán a bordo, emprendieron el recorrido de Yopal a Villanueva, que duró aproximadamente tres horas.

En medio de la recolección del material probatorio y las tareas propias de la inspección judicial, aquel día transcurrió de forma tan agitada que no encontraron espacio para almorzar. Cerca de las cinco y media de la tarde emprendieron el regreso, esta vez con un tripulante nuevo, el patrullero Ramiro Ríos.

Durante el recorrido, unos kilómetros antes de llegar al puente que cruza el río Tacuya, el subintendente Lozano le preguntó a la capitán Gómez si era posible que se detuvieran en un parador turístico muy famoso para comprar dulces para sus pequeños hijos, a lo que ella respondió: “Claro que sí, mijo”.

Gladis y sus compañeros aprovecharon para tomar y comer algo, tratando de engañar el estómago, que ya empezaba a resentirse por la falta de comida. Aún recuerda el sabor de aquel queso con arequipe que el subintendente Lozano le ofreció en forma de agradecimiento.

Cada kilómetro que avanzaban los acercaba, sin saberlo, a cumplir la cita con una realidad que puede tocar la puerta de cualquier colombiano. Una realidad que cada uno de los tripulantes de aquel carro había escuchado

en sus cursos de preparación para desempeñarse en la Policía Nacional, pero jamás imaginaron que les tocaría mirar a los ojos aquel viernes por la noche.

Siendo las seis y cincuenta de la tarde, la Nissan Frontier avanzaba a buen paso hacia el puente amarillo metálico que cruza por encima el río Tacuya. Cuando el carro oficial se acercaba a la mitad de aquel puente, de una vía destapada que hay más adelante, salió una camioneta Mitsubishi de color oscuro, la cual ingresó al puente y empezó a avanzar directamente hacia ellos; posteriormente, otro vehículo de iguales características se asomó por el costado izquierdo de la carretera con el objetivo de obstaculizar toda la vía. Esto encendió las alertas en todo el equipo de trabajo, en especial del conductor, quien en ese momento empezó a dar reversa.

Mientras Álvarez retrocedía, desde una Toyota Land Cruiser que iba detrás de ellos hicieron disparos para que no continuaran en movimiento. Al escuchar los disparos, las dos camionetas de la parte delantera respondieron al fuego. Gladis y sus compañeros quedaron en medio de un ir y venir de balas. A pesar de que este intercambio de disparos no duró más de dos minutos, Gladis sintió que había durado más que los treinta y cuatro años que había vivido hasta ese día. Las balas empezaron a penetrar el vehículo y Gladis guardaba quietud, pues las sentía pasar muy cerca, e incluso algunas, que llegaron con poca fuerza, alcanzaron a rozarle la piel. Una sensación de impotencia la invadió mientras veía que, aproximadamente, treinta sujetos armados se acercaban rodeando la camioneta. Una parte de este grupo vestía pantalón camuflado y camiseta negra, otros estaban vestidos con ropa casual y algunos portaban brazaletes negros con las siglas ACC (Autodefensas Campesinas de Casanare) en color blanco.

Estos sujetos, que se encontraban armados, en su mayoría con fusiles AK-47 y R-15, obligaron a sus compañeros a bajar de la camioneta Nissan; antes de que la bajaran a ella, decidió llamar un par de veces a Lozano, pero no recibió respuesta alguna. Al descender se percató que su compañero no realizaba ningún movimiento.



Fuente: Fotografía tomada por Angie Garay Hernández

Mientras la llevaban hacia la camioneta Mitsubishi, vio que un proyectil había alcanzado a Álvarez en una pierna y que, al igual que el subintendente Cárdenas, se encontraba amarrado de pies y manos. Ambos fueron arrastrados sin compasión por el pavimento hasta uno de los vehículos. En ese momento Gladis no recuerda haber visto al patrullero Ríos.

Cuando subieron a Gladis a la camioneta Mitsubishi junto a tres hombres armados, dos al frente y uno atrás, todos los automóviles emprendieron camino hacia la carretera destapada, incluido el vehículo oficial en el que se transportaban ellos antes de que la emboscada tuviera lugar. La indicación era que todos los carros debían ir con las luces apagadas para no ser vistos.

Gladis iba con los ojos vendados; sin embargo, durante aquel recorrido de tres horas, que pareció durar toda una vida, intentó mirar por debajo de la venda buscando reconocer hacia dónde la llevaban, lo cual resultó inoficioso, pues lo único que veía, muy lejanamente, eran muchas luces que parecían ser de una ciudad que ella no reconocía. La luna llena, que caracteriza los primeros días de diciembre, parecía ser la única compañía en aquella camioneta en medio de los inhóspitos terrenos por los que se abría paso.

Durante aquellos momentos de angustia, Gladis Gómez se aferró a aquel crucifijo de oro que se puso en la mañana, refugió allí su fuerza, cientos de padrenuestros y avemarías, tal vez mal rezados producto de la angustia. Mientras elevaba al cielo sus oraciones, a 277 kilómetros de distancia, en Boavita, Boyacá, su madre despedía la noche como toda la vida lo ha hecho, orando por sus hijos y pidiéndole a Dios que los protegiera de todo mal, especialmente a Gladis, quien diariamente se veía tan expuesta a tantos peligros.

El vehículo finalmente se detuvo. La melodía característica de la naturaleza fue la banda sonora que acompañó a Gladis durante esa angustiada noche. El sonido de las chicharras y los grillos, el croar de los sapos y, de fondo, algunos perros ladrando y caballos relinchando, señales auditivas que en

otro espacio de su vida Gladis hubiera disfrutado, esa noche se habían tornado solitarios, siniestros y oscuros.

En esos instantes, ella solamente pensaba en lo que esos hombres podían llegar a hacerle. “Me van a violar, matar o desaparecer”, imaginando al mismo tiempo, lo que sentían las madres por sus hijos desaparecidos, pero era algo que no quería que le sucediera a su familia.

Durante la media hora que estuvo allí, pudo identificar que se encontraba cerca de una casa habitada. En esta tarea de reconocimiento, la luz de la luna ayudó bastante. Pudo también escuchar la algarabía de un grupo de gente que celebraba algo cerca donde se encontraba. Luego de ese largo rato fue trasladada a otro carro, donde sintió que se había sentado accidentalmente en las piernas de alguien; inmediatamente escuchó una voz que le dijo “¡A la derecha!”. Sin dudar reconoció que esa voz era del patrullero Ríos, quien se encontraba amarrado con la misma cuerda al subintendente Cárdenas. Inmediatamente preguntó por el agente que se encontraba herido y escuchó desde la parte de atrás del carro la voz de Álvarez diciendo: “Acá estoy, jefe”. En aquel momento de reencuentro, sus compañeros preguntaron por el subintendente Lozano, a lo que Gladis respondió: “Está muerto”. Fredy Cárdenas recuerda que la labor de la entonces capitán fue fundamental para mantener la tranquilidad de todo el grupo luego de tan triste noticia.

Con todos ellos en un solo vehículo, empezó un segundo recorrido, el cual duró alrededor de media hora. Los integrantes de las ACC comenzaron a interrogarlos, les preguntaron quiénes eran y qué estaban haciendo en esa zona. Producto de aquel interrogatorio, los sujetos asumieron que Gladis Gómez era fiscal, a lo que sus compañeros respondieron en repetidas ocasiones que ella era patrullera.

El segundo lugar al que llegaron fue una finca que tenía portón rojo. Allí los abordó un sujeto de piel trigueña, ojos café claros y cabello liso con



Fuente: Fotografía tomada por Angie Garay Hernández

entradas pronunciadas; afirmaba ser *“el nuevo comandante de la zona”*, habló durante media hora y les preguntó quién era el comandante. Casi a una sola voz y como si lo hubieran ensayado, los cuatro policías respondieron: *“Mi cabo Lozano”*. Fredy Cárdenas, quien actualmente tiene el grado de intendente jefe, afirma que en ese momento lo que guio su actuar fue la premisa de velar por la vida de los compañeros que se encontraban con él, especialmente del superior, es decir la capitán Gómez, ya que tal y como él lo indica, *“el trofeo de todo enfrentamiento bélico es el comandante”*, y en ese momento primaba proteger su vida.

Fue como abrir los ojos después de la peor de las pesadillas cuando les retiraron las vendas a Gladis y a sus compañeros. El comandante del grupo paramilitar ordenó que los dejaran ir, no sin antes decirles que el mensaje que mandaban a sus superiores era que *“dejaran de chimbear en esa zona”*. Ya en la Nissan Frontier, las palabras *“lárguense y no miren hacia atrás”* les dieron un nuevo aliento de vida.

Las piernas de Gladis no dejaban de temblar mientras pensaba que este grupo al margen de la ley se había quedado con su bolso, el cual contenía documentos como el carné de Policía en el grado de capitán; si se llegaban a enterar de que ella era la comandante, podían alcanzarlos metros más adelante.

El camino de regreso se hizo largo y oscuro ya que el carro en el que se movilizaban tenía tres llantas estalladas y no andaba a más de cinco kilómetros, velocidad que hacía eterna la tarea de mantener despierto al agente Álvarez. Ya se había resignado a morir al decir “*Díganle a mi esposa y a mis hijos que los amo*”, mensaje que finalmente no fue necesario dar, pues logró salir con vida para poder reunirse con su familia.

Cuando llegaron al cruce de la entrada a Tauramena, lugar donde habían sido interceptados, la capitán Gómez se bajó para hacer un reconocimiento de los daños y allí se percató de los más de sesenta impactos de bala del vehículo.

Al dar la vuelta alrededor del automóvil, la imagen que Gladis vio hizo que rompiera la postura de tranquilidad que hasta ese momento había mantenido. La estabilidad que había intentado demostrar se derrumbó al ver que en el platón había estado, todo ese tiempo, el cuerpo sin vida del subintendente Fredy Lozano.

Un cúmulo de sentimientos la invadió. La tristeza que causa ver morir a un colega, un padre y un esposo; la impotencia de no haber podido hacer nada al respecto; y el pensamiento de “esto me pasó por ser mujer, no fui capaz, me quedó grande”.

Por un momento, Gladis pensó en renunciar, desistir del sueño de llegar lejos institucionalmente y dejar de lado los anhelos de una pequeña niña que quiso, desde siempre, vestir el uniforme verde aceituna.

A pesar de todos esos pensamientos que se le cruzaron por la mente, Gladis Gómez fue consciente de que pudo haber sido ella la persona ubicada en la silla de atrás, donde Fredy Alexander Lozano Novoa fue impactado. En

honor a la memoria del subintendente Lozano y como tributo a su vida, se propuso lograr salir, en una sola pieza, de aquella situación tan impactante para seguir trabajando diariamente por la institución que tanto ama.

Después de este hecho, Gladis pidió unos días de vacaciones para poder despejar la mente. Al llegar a su casa, toda su familia salió corriendo a su encuentro, como siempre lo hacían cuando ella tenía un período de vacaciones. Martha Gómez, su hermana, recuerda que esta vez fue diferente; aquel abrazo unifamiliar se hizo más largo de lo habitual, pues estaba impregnado del deseo que tenían sus familiares de volver a sentir a Gladis en medio de sus brazos, sentir su piel, el aroma de su cabello y sus manos rodeándolos y haciéndoles sentir que realmente, y por obra de Dios, como lo afirma Martha, ella había vuelto a aquella casa azul turquesa que había sido testigo de tantos momentos de risas y travesuras con hermanos.

En este período de la vida de Gladis, la unión familiar y la oración lograron que ella se mantuviera tan firme y “berraca” como siempre lo ha sido. Gracias a este apoyo pudo seguir escalando peldaños en la Institución, alcanzando el grado de coronel y volviéndose así el orgullo de sus padres y hermanos.

Con una taza de tinto ya terminada, el sol ocultándose definitivamente en el horizonte boyacense, los ladridos de su perro, de nombre Coronel, de fondo y con el amor de su vida sosteniendo su mano, Gladis se percató de lo afortunada que fue y de lo mucho que la Policía Nacional la ayudó a crecer como profesional y como mujer. Sin importar los altibajos que se pudieron presentar en el camino, sonríe agradecida y de su boca se escuchan salir las palabras “Si yo volviera a nacer, volvería a ser policía”.

Después de haber tenido a su cargo a casi tres mil hombres y mujeres, como lo afirma Ómar Ricardo, su sobrino mayor, Gladis decidió que el ciclo en la Institución de sus amores ya estaba cumplido. Ya se realizó institucionalmente y ahora es momento de dedicar su vida a su madre, su

esposo, sus sobrinos y hermanos. Es hora de devolverle a su tierra y a sus paisanos algo de lo mucho que ha recibido, pues *“el ser coronel no me quitó el ser campesina”*.

Gladis se pone las botas, esta vez las de caucho, y junto con su esposo Jhon bajan las escaleras de la casa que con tanto esfuerzo y amor edificaron juntos, la casa que hace diez años los vio sellar ante Dios su amor y que ahora esperan los vea envejecer.





Fuente: Fotografía suministrada por Adriana Rodríguez Zarate

Por: Ana María Sánchez

VIVIR PARA CONTARLA



"Presencia de ánimo y valor en la adversidad, valen para conquistar el éxito más que un ejército."

John Dryden. Poeta, crítico literario y dramaturgo inglés.

Sintió el impacto. La explosión la dejó aturdida, y lo primero que notó en cuanto empezó a recuperar el sentido, fue que había perdido la vista del ojo derecho. Creyó ser la única sobreviviente de aquel atentado. Consternada, asustada y desesperada, tomó su fusil. Hacía nueve años no tenía uno en sus manos, y justo esa mañana, antes de salir de la casa donde vivía en compañía de la familia del subintendente y comandante de la estación, Luis Carlos Ríos, había recibido unos minutos de instrucción recordándole cómo se usaba. Mientras comprendía lo que pasaba, se dio cuenta de que les disparaban desde la montaña. Intentó reaccionar, tomó su fusil pero notó que no podía ver con claridad a dónde disparaba, así que decidió no accionar el arma para pedir apoyo por radio; momentos en los que solo pensó: *"Dios mío, me van a matar"*.

Adriana Rodríguez Zarate vivía en la localidad de Bosa, en Bogotá, al ingresar a la Policía Nacional. Su proceso de incorporación tuvo algunos percances para ella y cincuenta mujeres más que intentaban incorporarse; pero, afortunadamente, días después la llamaron para presentar pruebas médicas y oficializar su ingreso el 4 de septiembre de 1998.

Duró un año en la Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo Gonzalo Jiménez de Quesada (ESJIM), en Sibaté, Cundinamarca, donde sintió la necesidad de hacerse fuerte porque todo era nuevo y exigente para ella. “Yo solo decía que tenía que aguantar, porque si Dios me puso allí, fue por algo”, afirma. La experiencia fue agradable por la camaradería; el conocer mujeres de otras partes del país y convivir con ellas.

“Yo sé que muchas personas sueñan toda la vida con ser policías, a mí no me pasó, y fue hasta que entré que empecé a sentir el uniforme; yo le agradecía mucho a Dios por la oportunidad, porque me fue poniendo los pasos, y los aproveché”.

Pero mientras se acercaba a otros, se distanciaba de los suyos. Recuerda un fin de semana en el que su familia salió a viajar y ella tuvo que hacer parte del Plan Retorno¹. Cuando ella trabajaba, pasó su familia: “Ahí me di cuenta de que eso iba a ser normal en mi vida, que mientras ellos disfrutaban, yo no iba a poder estar siempre con ellos”.

La familia deja marcas importantes en el corazón; para Adriana, una parte vital de su familia es su hermana, Sandra, y la relación tan amorosa que hay entre ellas: “Más que hermanas, somos muy buenas amigas”. El ingreso de Adriana a la Policía fue muy doloroso para Sandra, pues durante todo el año previo habían estado muy unidas por el nacimiento de su primer hijo, proceso en el cual Adriana fue parte fundamental. Saber que ya no

¹ Plan Retorno: Dispositivo de seguridad liderado por la Policía Nacional, en el que se implementan medidas de control, prevención y seguridad vial, para que los viajeros se desplacen cómodamente a sus lugares de origen.



Fuente: Fotografía suministrada por Adriana Rodríguez Zárate

se verían frecuentemente era muy difícil para ella; sin embargo, se sentía feliz al ver la alegría de su hermana en esta nueva etapa de su vida.

Eduardo Solís, patrullero de la Policía del Cauca, conocía la región; para él era normal patrullar en estado de alerta porque en ese entonces el Cauca era uno de los departamentos más afectados por la guerrilla. Esto le sirvió como herramienta principal para saber cómo reaccionar al ataque; esa mañana conducía la patrulla en la que iban, junto con Adriana, el patrullero Diego Fernando Ospina, el subintendente Luis Carlos Ríos y el subteniente Jorge Guevara. Realizaron un circuito en el que buscaban gestionar el dispositivo de seguridad adecuado para las procesiones de la Semana Santa en Silvia.

Cuando iban de regreso a la estación, recibieron la detonación de dos cargas explosivas ubicadas al lado derecho de la carretera. Al lado de Eduardo yacía muerto el subintendente Luis Carlos Ríos. El conductor empezó a responder al ataque, intentó tomar el fusil del subintendente, pero el impacto lo dejó inservible, así que trató de buscar uno en la parte

de atrás; en ese momento notó que el subteniente Jorge Guevara también había perdido la vida. Prosiguió su búsqueda de un fusil en buen estado, al encontrar uno y jalarlo, sintió la reacción de quien lo portaba porque no se lo dejaba quitar. Se sorprendió al ver que Adriana también estaba con vida pidiendo refuerzos; de inmediato, le dio la orden de bajarse de la patrulla.

Adriana trabajó arduamente durante diez años como patrullera, de los cuales siete estuvo en tránsito; allí aprendió a tener alma ‘de caucho’, porque la manera en que los conductores se dirigían a ella no siempre fue la correcta, pero eso mismo fue lo que la ayudó a forjarse un carácter más fuerte. *“El primer día me trataron supermal, me daba mucho miedo parar un carro; ya después uno se acostumbra”*, recuerda Adriana. Un día su mamá le llamó la atención porque se estaba volviendo muy brusca. Al explicarle las situaciones por las que solía pasar, que hicieron que se volviera así, su mamá le planteó como solución que les diera la razón y respondiera simplemente *“eso y mucho más”*, consejo que Adriana aplicó y le funcionó muy bien porque dejó su temperamento fuerte; así empezó a darle menos



importancia a las malas palabras que recibía a diario y a compartir con mejor actitud hacia los suyos.

Adriana llegó a ver la Policía como una familia muy grande en la que, con tan solo portar el uniforme, se sentía parte de ella; en la que no importaba a dónde fuese a necesitar apoyo, sabía que habría más uniformados que la recibirían, que tendría un respaldo y saldría de allí con nuevos amigos. “Eso es la familia Policial, personas que no te conocen, pero que te van a dar la mano porque saben que hay apoyo mutuo”, afirma. Para ella fue muy importante la compañía que sintió por parte de sus compañeros en cuanto supieron lo que le había pasado.

Tras su paso como policía de tránsito, Adriana fue becada en la Escuela de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones Teniente Coronel Jorge Luis Mauledoux Barón, siendo allí la única mujer. Aprendió el desarrollo y diseño de aplicaciones de comunicación, el almacenamiento, procesamiento y divulgación de la información. Sin embargo, al estar vinculada a una escuela de formación también realizaban apoyos en otras especialidades en caso de ser necesario.

Adriana vio estos apoyos como oportunidades de compartir con la sociedad, a diferencia de lo que tuvo que vivir en sus años como policía de tránsito. “Pude salir a aprender y a conocer la Policía desde otra cara; fue una experiencia muy bonita”, recuerda con tranquilidad. Pero no todo era trabajo, estos apoyos también le sirvieron para conocer otros lugares del país, los paisajes y su gente.

Había hecho grandes amistades durante su carrera institucional. En su paso por la escuela de telemática conoció al patrullero Robín, con quien afianzó su amistad tras los acompañamientos a los que tenían que ir. Ambos esperaban que el Popayán fuera impresionante por la procesión de aquella Semana Mayor del 2007.

Estaban juntos acompañando el consejo de seguridad del entonces presidente Álvaro Uribe Vélez cuando empezaron a dar designaciones de

otros pueblos para los policías que habían llegado como apoyo. Adriana recuerda que, entre risas, le comentó la situación a Robín, diciéndole que se debían ir todos menos ella. Su amigo le pidió que intercediera por él para que no lo sacaran a otro pueblo. Adriana le hizo el favor sin comprender qué pasaba, a lo que él le comenta que le había pedido el favor porque noches anteriores había tenido un sueño en el que iba en una patrulla y la hacían explotar, haciendo que todos los que iban dentro de ella salieran a volar y perdieran la vida. En ese momento la situación se les hizo jocosa, pues nunca habían tenido de cerca alguna situación de riesgo y no esperaban que esa fuera la ocasión, pues sus expectativas no iban más allá de un cubrimiento de la que se considera la procesión más majestuosa del país.

Silvia es un municipio ubicado en el oriente del departamento del Cauca, situado en el valle interandino de la cordillera Central y conformado por seis resguardos indígenas, la zona campesina y el casco urbano. Según el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), su área es de 662 km. Conforme a relatos de prensa, desde 1954 existen registros de presencia guerrillera, posteriores a los bombardeos en Villa Rica, lo que generó el desplazamiento de estos grupos insurgentes del departamento del Tolima hacia el Cauca.

La economía del departamento va desde las actividades agropecuarias hasta la minería, pero hay altos niveles de pobreza, como lo demuestra el censo del DANE del 2005: el 46,41% de la población tiene necesidades básicas insatisfechas, situación que no ha mejorado, de acuerdo con el censo de 2017, con una cifra del 48,7%. Es un departamento que ha estado golpeado por diferentes actores armados, además de las Farc, el ELN, el EPL, el M-19, el movimiento Quintín Lame, entre otros.²

Días después de haber hablado con Robín y saber su sueño, Adriana debió trasladarse hacia el Cauca en una nueva tarea emanada por la Institución. Recuerda que cuando llegó, formó y empezó a notar las marcas de las

2 Información extraída del documento Conflicto armado en Meta y su impacto humanitario; Fundación Ideas para la Paz, 21 de agosto de 2013. <http://www.ideaspaz.org/publications/posts/511>

balas en las casas, Ahí se dio cuenta de que la situación por la que pasaba aquel municipio no era la más tranquila; la única expectativa que llevaba de él era su reconocimiento por ser el pueblo de las fresas con crema, las cuales no pudo probar.

El primer comunicado oficial de aquel atentado fue erróneo, pues se había confirmado la muerte de todos los policías. Cuando Robín, el amigo de Adriana, lo escuchó, se llevó las manos a la cabeza y lloró desconsoladamente; no podía creer que hubiera muerto su amiga. Poco tiempo después, en un nuevo reporte, la información fue corregida dando los nombres del personal muerto y los tres heridos, entre los cuales se encontraba Adriana.

Los momentos durante aquel hecho fueron estresantes e inciertos. Cuando logró salir de la camioneta, se arrastró por el piso, como le había ordenado el patrullero Eduardo. Notó que en una casa cercana había una familia llamándolos para que ingresaran a resguardarse. Entraron a la casa y recuerda el dolor que sintió al ver a los niños de aquella familia llorando escondidos bajo una mesa. En aquel momento se sintió una tensa calma, oportunidad que aprovechó el patrullero Eduardo para ir de vuelta a la camioneta y sacar al patrullero de tránsito de Cauca, Diego Ospina, quien se veía inconsciente. Finalmente, cuando llegó el apoyo, los subieron a la ambulancia, y en ella aún se podía sentir la zozobra de ser interceptada por la guerrilla. Les dijeron que estarían seguros en el momento en que llegasen al municipio de Toribio, palabras que resonaron en su cabeza durante todo el trayecto, creando una atmosfera de incertidumbre.

La situación fue informada a Sandra, hermana de Adriana, quien recibió la noticia del atentado. Y a pesar de que no fueron las mejores noticias, Sandra dentro de su preocupación agradeció a Dios porque se encontraba viva y estable. En su casa se vivió un momento muy difícil porque intentaron mantener entre hermanos la situación y que sus papás no se enteraran, por lo menos, hasta cuando Adriana llamara a confirmar su estado.



Fuente: Fotografía suministrada por Adriana Rodríguez Zarate

Su papá vivía en Ibagué y vio el hecho por las noticias; allí no se revelaron datos de quiénes habían sido los oficiales muertos ni los heridos. Enseguida, llamó a la casa a comentarle a Sandra lo que había visto; ella le dijo que Adriana estaba dentro de la camioneta a la que iba dirigido el ataque, pero que ella estaba estable. La decisión de su padre fue viajar a Bogotá y esperar allí a que su hija llegara. Sandra siempre se consideró ajena a la situación de violencia en el país a manos de frentes guerrilleros, hasta que tocó a su familia: *“Tú te lamentas por las personas de los pueblos, pero nunca te imaginas que llegue a tocar a algún familiar”*. Sus pensamientos durante ese momento estaban centrados en los posibles daños que pudo sufrir su hermana. Su trabajo como enfermera le ha enseñado que normalmente en los ataques, los heridos pierden alguna parte del cuerpo, por lo cual esperaba la peor de las consecuencias para su hermana. A pesar de la situación que enfrentó Adriana, agradece a Dios por haber podido compartir con ella y seguir gozando de su vida, porque el impacto del ataque no fue mayor.

Cuando llegaron al hospital de Toribio, los separaron, y Adriana no pudo volver a saber sobre sus compañeros. Estuvo inmovilizada en una silla de ruedas esperando a ser atendida. Recuerda que, repentinamente, alguien llegó y le puso una mano sobre el hombro, y fue en ese momento cuando ella finalmente pudo descargar aquel miedo que sentía. Nunca supo quién había sido esa persona. En cuanto pudo, llamó a su familia, les dio un parte de tranquilidad y les contó que estaba bien. Dos días después llegó a Bogotá a realizar procedimientos de protocolo entre ellos su incapacidad médica. Finalmente, regresó a su casa a recibir los cuidados y amor de su familia. Entre todos los sentimientos que albergaba, el más inmenso era el dolor al pensar en las dos vidas que se había llevado ese ataque: *“Era pensar en esa mamá y esa hija que quedaron sin su papá”*, así como el dolor de la hermana del subteniente Guevara.

Posterior al atentado, aunque había resultado herida, su estado de salud no era grave y el proceso de recuperación fue óptimo y rápido. Su hermana Sandra fue una persona clave, sobre todo en el proceso psicológico mental, ya que, tras el atentado, Adriana tenía miedo, incluso de dormir sola, y fue ella quien la acompañó en tantas noches de zozobra. Sandra, por su parte, afirma que su hermana es una mujer muy especial y muy querida por muchos; considera también que, el proceso de recuperación dependió de su familia y de la cercanía y empatía que tenían por ella. Fueron varios momentos de risas y alegrías, pero también de llanto; Sandra estuvo siendo su hombro y su apoyo. Toda la familia cumplió con papeles muy importantes durante todo el proceso. Recuerda, con inmenso cariño, las citas médicas a las que su mamá la acompañaba, las largas noches que estuvo con su hermana y el acompañamiento y apoyo que recibía de parte de su hermano y su padre.

Las experiencias que le dejó el atentado fueron más buenas que malas para Adriana. Gracias a la Embajada Americana pudo ingresar a hacer un curso de inglés interfuerzas (Policía, Armada y Ejército) en el Defense Language Institute, el cual se creó para heridos en el conflicto armado. Adriana recuerda, con agradecimiento, aquella oportunidad, pues pudo



Fuente: Fotografía suministrada por Adriana Rodríguez Zarate

compartir experiencias de vida con personas cuyas condiciones habían sido peores, pero seguían resistiendo y luchando por ser mejores cada día. Tras conocer sus casos y recuperaciones, coincidía con sus compañeros en que la familia es la parte primordial de todo ese proceso.

El objetivo de aquel curso era viajar a Estados Unidos y certificarse como instructores básicos de inglés en el English Language Center, para lo que debían presentar un examen y aprobarlo. Adriana era, de nuevo, la única mujer allí. Realizó el curso durante poco más de seis meses y presentó su primer examen, cuyo puntaje no fue suficiente para aprobarlo, así que siguió estudiando y nuevamente lo presentó. Esta vez su segundo intento fue satisfactorio. Después de haberlo presentado, recuerda que iba rumbo a su casa en el bus y la llamaron a confirmarle que había pasado. Se iba para Estados Unidos. Comprendió lo afortunada que era al tener esa oportunidad frente a ella, pues de los quince aspirantes, ella estuvo entre los cuatro que superaron la prueba. Llegó dichosa a su casa con la gran noticia; sin embargo, sabía que debía dejar una parte muy importante de su vida: a su hijo David, quien ya tenía un año y medio de edad. Para ella

fue lo más duro de todo el proceso. Viajó y aprovechó aquella oportunidad de la que era consciente que no se repetiría.

De los países que participaron del curso, Colombia fue el único que envió uniformados, por lo que la curiosidad se hizo sentir en el centro, más aún al saberse que eran oficiales víctimas del conflicto armado. No se destacaban únicamente por eso, sino por el constante interés en el aprendizaje que allí adquirían. Adriana recuerda haber sido felicitada por su dedicación en aquellas ocasiones, cuando era ella quien dictaba el tema a sus otros compañeros docentes.

Para Adriana, las experiencias en el servicio fueron simples pero significativas; pudieron ir desde acompañar a una mujer a pasar un puente peatonal hasta ayudar a apagar incendios. Recuerda con alegría a los niños que se le acercaban con curiosidad a saludarla a ella o a sus compañeros, a darles la mano, preguntarles por su día a día y de vez en cuando para jugarles pequeñas bromas. Era de las cosas que más disfrutaba de hacer parte de la Institución. También tuvo la oportunidad de conocer lo que significaba para las personas en las calles que hubiera un uniformado cerca, pues la tranquilidad que las personas sentían se la expresaban por medio del agradecimiento. Pero no siempre todo fue bueno y tuvo sus matices: estuvo haciendo acompañamientos en procedimientos; recuerda que en muchos, en cuanto llegaba un policía, los papás les hablaban mal de ellos a sus hijos para ponerlos en contra; esto fue algo muy fuerte para Adriana, pues considera que aquellos niños crecen estando en contra de la Policía sin entender el porqué de ese labor poco agradecida.

Del atentado que tuvo que vivir, solo le queda el recuerdo y una leve sensibilidad en la parte derecha del rostro. Adriana considera que ese acontecimiento no es la carta de presentación de su vida, sino que, más bien, lo recuerda como la forma de preservar la memoria de sus compañeros caídos.



Fuente: Fotografía suministrada por María Marelvís Cadavid Rodríguez

Por: Ana María Sánchez

EL VALOR DE UNA PROMESA

"Por encima de todo, sé la heroína de tu vida, no la víctima."

Nora Ephron. Guionista y directora de cine estadounidense.

Una larga trenza y los recuerdos fueron todo lo que le quedó. Una parte de ella se quedó atrás, pero aquel nuevo corte de cabello marcó su vida significativamente, representada en la seguridad y compromiso que tendría para ella, la decisión de ser policía.

Desde muy pequeña comprendió el significado de profundidad, de inmensidad y de belleza no solo por haber nacido y crecido en un pequeño pueblo a orillas del mar Caribe, sino porque era lo que vivía cada día junto a su padre, un hombre con un amor profundo hacia las mujeres de su vida. Cada día le demostraba amor eterno a su esposa; a sus hijas les enseñó la importancia de la educación y la independencia. Era tal la tenacidad que nunca tuvo un sueño pequeño; todas las mañanas se levantaba a ser el mejor maestro del mundo. Les enseñaba a sus hijas, junto con su esposa, desde el abecedario, hasta los números; con suma dedicación, construía los juguetes más hermosos para sus hijas.

Marelvis lo recuerda con un amor desbordante, aquel que solo puede sentir una hija por su padre. Él amaba el largo y hermoso cabello de su hija, por lo que un día ella le prometió que nunca se lo cortaría, promesa que se haría muy importante para los dos.

Muchas personas del pueblo, al ver que las hermanas Cadavid eran las mejores estudiantes de sus grados, cuestionaban a su padre por apoyarlas en estudiar y no en que aprendieran los quehaceres domésticos. Como lo recuerda Marelvis, él solía responder que sus hijas decidirían por sus vidas como ellas quisieran y no por lo que les tocara.

Su padre era comerciante y un apasionado por viajar y conocer nuevos pueblos y ciudades. Ellas siempre fueron su mejor compañía. Se mudaron durante un tiempo a Medellín, donde la situación de seguridad de la época hizo que tuvieran que salir de allí y refugiarse en Bogotá y finalmente se devolvieron a su pueblo: Acandí, un municipio del departamento del Chocó, rico en fauna y flora en la zona del Tapón del Darién.

Marelvis resume en una sola palabra todo lo que le hacía sentir su pueblo natal: magia. Allí podía disfrutar de la brisa que llevaba el inmenso mar, de la arena bajo sus pies y correr en los caballos de su papá a la orilla de la playa; además, allí pudo conocer el significado del trabajo en equipo, aquel que compartía con su familia tanto en el negocio como saliendo a recoger piedras para demarcar los lotes que compraba su papá.

44

Su padre era una persona con un constante interés de comercializar; fue pionero en el transporte del municipio, siendo la primera persona en llevar un carro, en el que traía productos alimenticios que compraba en Cartagena para vender en el pueblo. Era una persona que impulsaba el crecimiento personal de su familia, siendo un fiel apoyo durante su estudio, sin embargo, un acontecimiento cambió el rumbo de su historia.

En agosto de 1990, mientras iba en moto camino a la finca familiar, el novio de Yaneth, la hermana menor de Marelvis, falleció en extrañas

circunstancias. Fue la primera vez que sintieron ese dolor que deja la pérdida de un ser amado. Al comprender el sufrimiento de sus hijas, su padre les hizo la promesa de que nunca se iría, que no las dejaría solas y que, como siempre, estaría ahí para ellas.

Pasaron los meses y la zozobra por aquella pérdida no dejaba de sentirse en la familia Cadavid. Llegó diciembre, y como es costumbre en muchas familias en Colombia, la Navidad comienza oficialmente la noche de velitas. El trabajo en equipo no quedaba atrás, pues los faroles que se encendieron aquella noche también habían sido hechos en familia.

El día siguiente, toda la familia se arregló para celebrar una fecha muy especial para ellos: uno de los hijos tendría su primera comunión. Antes de partir hacia la iglesia, el padre de Marelvis se adelantó porque tenía que hacer una diligencia en San Miguel, un pueblo que queda a cinco kilómetros de Acandí. El resto de la familia se dirigió a la iglesia. La misa terminó y él nunca llegó; todos se extrañaron, pues era una ceremonia que no se habría perdido. Se dirigieron al salón de eventos, donde se daría un festín para los niños que habían tenido su celebración. Alguien llamó a Marelvis y le preguntó por su papá, a lo que ella respondió que ya venía en camino; le refutaron dándole la peor noticia que puede recibir una joven de 16 años: su papá no llegaría porque lo habían matado. *“Nos devolvimos a mi pueblo buscando un poco de tranquilidad, y allí la muerte nos desgarró quitándonos lo que más amábamos y lo que más representaba para nosotros”*, afirma con la voz entrecortada.

Aquel día que se esperaba fuera muy feliz terminó siendo el día en que la historia de esa familia se partió en dos. Después de esa noticia, Marelvis recuerda que todo fue locura por buscar a su mamá, tener que contarle lo que le habían dicho y buscar quien las llevara a donde él estaba; finalmente, consiguieron a alguien, pero irían solamente su hermana y su mamá.

La última vez que lo vio fue después de la necropsia, cuando junto con su hermana tuvieron que lavarle el cuerpo. Las manos de Marelvis guardan el recuerdo y la sensación de acariciar sus manos frías e inertes y sentir

que era imposible que fuera él quien estaba allí tendido. Recuerda con dolor que creía en que los muertos salían y le rogaba a Dios que, si eso pasaba, su papá saliera para poder verlo de nuevo y así despedirse de él, porque cuando lo vio por última vez, no quiso hacerlo y él tuvo que partir sin el beso y abrazo de despedida que siempre se daban.

El dolor de la familia era inmenso, pero no hubo tiempo para el luto, pues ese había sido el inicio de un duro camino, el inicio del caos. La muerte del padre fue traumática, sobre todo para su madre: los recuerdos y el dolor se hacían cada vez más pesados, pero su rigor y tenacidad sacaron adelante su hogar. Decidieron mudarse a otra casa ocho días después de la muerte, a donde hasta el día anterior había vivido un policía.

El 22 de diciembre de 1990 la guerrilla irrumpió en el pueblo. El diario El Tiempo tituló: “Asesinados tres policías en toma insurgente de las Farc a Acandí”. Para Marelvis, y seguramente para muchos habitantes del municipio, aquella fue una noche de terror. Desde la 1:30 de la madrugada, el frente 34 de las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) atacó la estación de Policía, asaltaron la Caja Agraria y dejaron la cifra de tres policías asesinados, dos heridos y uno secuestrado.

Aquella noche se hizo más oscura; el miedo reinaba en el pueblo. La mamá llevó a sus cuatro hijos hasta la última habitación de la casa, protegiéndose bajo una cama; desde allí se podía ver las linternas entrando por el patio de la casa y la manera en que hostigaban en busca del policía que habían vivido allí. Fue una noche entre disparos, llanto y gritos.

La situación se tornó aún más complicada, pues como habían robado la Caja Agraria del pueblo, muchas familias, como la de Marelvis, quedaron sin nada. Ella intentó terminar su bachillerato y ponerse a trabajar, pero su mamá no se lo permitió. El dolor fue el protagonista de su último año escolar no solo por la muerte de su padre, sino por haber sido testigo de la deserción estudiantil, porque sus compañeros prestaban su servicio

militar obligatorio o eran reclutados ilegalmente por la guerrilla. *“Ya después uno los veía era con uniforme, no era una cuestión de que si querían, sino que les tocaba”*. Poco tiempo después, cuando empezó a llegar la ola de los grupos contrainsurgentes mal llamados *“paramilitares”* al Chocó, la muerte empezó a hacerse más común para ella, pues para visitar a sus amigos debía ir al cementerio: *“Esa época marcó muchísimas cosas en nuestras vidas”*.

Resiliencia es la palabra que la define, pues las circunstancias se lo exigieron. Aquella niña consentida del papá tuvo que transformarse: *“Fue comprender cómo es la vida realmente”*, afirma. Trabajó arduamente en sus tiempos libres para poder sacar adelante a su familia: arreglaba uñas, pintaba casas y hacía avisos, hasta que ganó un concurso con el Bienestar Familiar, trabajó en el hogar infantil y estando allí dictó clases de español y matemáticas en las tardes, y los fines de semana, en los almacenes del pueblo. Aun así, nunca se conformó, viajaba hasta Medellín a pasar hojas de vida, pero no la recibían porque era menor de edad.

Su sueño desde la infancia siempre fue ser policía; pero su pasado y la situación de seguridad y orden público hicieron que su sueño quedara de lado, entrando en conflicto con ella misma. Recuerda el dolor que tuvo que vivir porque *“nadie hizo nada para saber qué fue lo que le pasó a mi papá”*. También sabía que podría ayudar a otras familias que hubiesen pasado por la misma situación.

Una tarde estaba hablando con una de sus amigas, esposa de un teniente del pueblo, y le comentó que en Medellín había inscripciones para ingresar a la Policía, que por qué no se presentaba. Se llenó de valor y un día le mintió a su mamá: le dijo que iría a Medellín para presentar un examen de ingreso a la universidad. Al llegar a la Escuela de Policía Carlos Eugenio Restrepo (ESCER) se enteró de que las inscripciones ya habían pasado, pero inmediatamente le hicieron saber que había una pequeña posibilidad porque venía desde muy lejos. Recuerda que el dilema más grande que existía era cortarse el cabello debido al significado que tenía para ella y su padre, aún más después de su muerte. Durante el proceso fueron muchas

las personas que le dijeron que no ingresara, que era una niña consentida. Sin embargo, no desistió y pidió la oportunidad con la promesa de que nunca se arrepentirían. Presentó el examen y se devolvió para Acandí.

Tres días después la llamaron a confirmarle que había pasado el examen; nuevamente le mintió a su madre diciéndole que algo había salido mal y debía regresar a Medellín; allí se sintió cerca de su sueño de toda la vida, pero tenía un gran desafío enfrente. Se llenó de valor, ingresó a una peluquería pidiendo que le cortaran el cabello; allí se lo amarraron en una larga trenza. Cuando las tijeras cumplieron con su función, pudo sentir cómo rompía la promesa de su infancia y cómo todo lo que conocía hasta el momento quedaba atrás, pues sabía también que, con su ingreso a la Institución, sería de riesgo para ella y su familia volver a su pueblo.

En esos largos centímetros dejaba atrás a su madre y a sus hermanitos, a su hermano menor, quien ya le decía 'mamá'; dejaba atrás a los niños del jardín, su infancia; lo dejaba todo. Pero sabía también que era la forma de demostrar su pasión, su compromiso y sobre todo sus ganas de llegar a la Policía; teniendo allí la posibilidad de ayudar a otras personas.



En la tarde regresó a cumplir con la cita que había acordado. Al verla, el oficial se sorprendió y le preguntó qué había hecho. Marelvis se llenó de valor y le respondió: *“Hice lo que más me ha dolido, y acá estoy”*. Finalmente, ya se había dado inicio al curso, siendo su única esperanza llegar a la escuela de Sibaté, Cundinamarca.

Marelvis llega en taxi desde Bogotá a la Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo Gonzalo Jiménez de Quesada (ESJIM). Allí la recibe el agente Giraldo y le ayuda con la maleta, que ya había llegado semidestruida. Había viajado con apenas 70.000 pesos, de los cuales, al llegar, le quedaban 53.000, pues como ella lo dice, hizo *“la olímpica”* de tomar el taxi, que le costó 17.000. En cuanto pudo, se hizo fuerte, se llenó de valor y llamó a su mamá: era el momento de confesarle que en realidad se había ido para la capital tras su sueño de toda la vida. Su mamá se entristeció al no entender el porqué de su decisión y supo lo que aquello implicaba para las dos, aunque tenía claro en su corazón que era el inicio del sueño de su hija.

Tras haber cumplido con la lista de materiales que le exigían tener en la escuela, Marelvis pasó por necesidades que otras mujeres de allí podían solventar más fácilmente. La exigencia con la que la criaron sus papás nunca quedó de lado y la escuela no sería la excepción; allí siempre fue brigadier mayor (título que lo adquiere una sola persona por escuela; se obtiene no solo con el mejor promedio, sino también siendo una persona íntegra que cumpla a cabalidad con sus responsabilidades); fue, además, secretaria de la compañía por su habilidad como mecanógrafa, pero esa exigencia no era solamente con su labor, sino también con ella misma, pues pasaba necesidades que ella sola, por su cuenta, debía ver cómo contrarrestar. Por ejemplo, se levantaba más temprano que todas sus compañeras para poder lavar el uniforme ya que no podía pagar la cuota mensual del lavado.

La empatía fue un valor que allí pudo sentir; sus adversidades la llevaron a comprender que la Policía era más que un uniforme, es una familia donde hay seres humanos con grandes experiencias detrás: *“Son personas*

que te abrigan, que te dan un abrazo y que van a estar para ti". Se hizo amiga de María Eugenia Acevedo, pues las circunstancias siempre las unieron: estuvieron juntas desde el primer día y así se mantuvieron, compartían formación y el camarote de María era junto a la oficina donde Marelvis trabajaba como secretaria. María conocía su situación, y cuando su madre le enviaba encomiendas de pan, lo compartía con Marelvis, a quien define como una mujer berraca, con un corazón gigante. También recuerda las madrugadas, pues por su posición como brigadier mayor tenía la responsabilidad de hacer que todas estuvieran formando a las seis de la mañana, y su forma de hacer que se levantaran era cantando 'Jesucristo'. María afirma, entre risas, que no tenía tono de voz para cantar, por lo cual todas empezaban a gritar para callarla y terminaban despertando. Incluso después de finalizado el curso en la Policía, hicieron varios proyectos juntas como la carrera de derecho y algunas especializaciones.

Las buenas personas siempre la rodearon. El coronel Álvaro Pantoja Ibáñez fue una de ellas, y marcó significativamente su paso por la escuela. Uno de los momentos que más recuerda con cariño fue haber recibido la condecoración al primer puesto de manos de su propia madre, pues el coronel se lo había permitidó.

De su niñez quedaba impregnado en ella, la perseverancia de su padre por la educación. Cuando Marelvis terminó la escuela, fue enviada a la Dirección de Investigación Criminal e INTERPOL de la Policía Nacional (DIJÍN). Se encontraba muy a la expectativa, pues el referente de policía que había tenido toda su vida era diferente. Estuvo en el primer grupo de mujeres de la Sección Contra Atracos, y en los procedimientos volvió a enfrentarse a aquella situación de la que creía que se había librado: la muerte, y en este caso de varios de sus compañeros.

En aquella dirección pasó también por las especialidades de automotores, terrorismo, secuestro, estupefacientes y creó junto con un grupo, la sección de medio ambiente. En sus ansias por ser mejor policía, ingresó,

junto con su amiga María, a estudiar derecho. La primera persona que la apoyó tanto moral como económicamente fue su primer jefe, a quien recuerda por haber creído en ella. Terminó la universidad y en la DIJÍN siempre era ella a quien enviaban a hacer diferentes cursos, uno de ellos sobre la implementación del Sistema Acusatorio en Colombia; el segundo, sobre Investigador Testigo, del cual seleccionaron personal para ser docente, siendo elegida. Trabajó durante siete años con la comisión de la Embajada de Estados Unidos capacitando, a nivel nacional, sobre esta implementación.

El agradecimiento es un sentimiento que Marelvis siempre sintió en su paso por la DIJÍN porque allí pudo compartir experiencias, capacitarse, estudiar, conocer más de su país; pudo crecer profesional y personalmente. Para ella, las comisiones eran experiencias de crecimiento personal y de enseñanza para las personas que estaban a su cargo. Allí pasó momentos escalofriantes, fue testigo y vivió el mismo miedo de aquellos uniformados



de las zonas más afectadas por la violencia del país; en ella quedaron marcadas las vidas que vio perder, pues sabía y comprendía que detrás de cada una de ellas había toda una familia y un dolor. Siempre ha sido consciente en sus comisiones de que no espera entregarle un cuerpo a una mamá. Narra que prefiere caminar durante las horas que sean necesarias para estar y poner a salvo a quienes van con ella antes que quedarse por ahí, poniendo sus vidas en riesgo.

Alma, vida y corazón son tres conceptos con los que ella resume su paso por la Policía. La responsabilidad de la Institución con la comunidad siempre prevaleció. Su uniforme se volvió carne y los botones se hicieron piel: no concebía la vida si no era con la posibilidad de servir a través de él. En la DIJÍN conoció a Héctor Amaya, quien fue su último jefe y quien pudo percibir su constante compromiso. Resalta su capacidad de debatir para ir tras el proceso del cambio, además de su liderazgo. Estuvo presente por su paso como mentora y recuerda con orgullo haber escuchado varias veces el “quiero llegar a ser como ella”.

La pasión por estar viviendo su sueño mantuvo siempre a la muerte como su recurrente compañera, pero nunca la tocó ni se acercó a ella. Para muchos, ella era una mujer valiente, pues siempre estaba presente en los procedimientos más riesgosos. Confiesa que esperaba morir no por ser valiente, sino porque el dolor que había sentido aquel 8 de diciembre de 1990 no dejaba de perseguirla, y su deseo era poder dejar a su madre sin ninguna preocupación económica para que sus hermanos también pudieran estar bien y en algún momento estar nuevamente con su papá.

El año 2000 su vida tendría un nuevo rumbo. El 10 de abril nació Diego Fernando; quien se convertiría en la mayor motivación e inspiración para su madre. Diego Fernando recuerda su infancia con una formación rígida; desde muy pequeño tuvo que ser independiente porque el trabajo de su mamá le demandaba mucho tiempo. No lo comprendía muy bien entonces, pero luego entendió su sacrificio; aun así, nunca han perdido



Fuente: Fotografía suministrada por Maria Marelvis Cadavid Rodriguez

la cercanía. Marelvis recuerda que su hijo le preguntaba si podía hablar con su jefe para que les permitiera pasar más tiempo juntos. Y a pesar de lo demandante que es ser policía, actualmente tienen una relación muy estrecha, en la cual aprovechan al máximo los momentos que puedan compartir.

Ocho años más tarde, Marelvis no había concebido la idea de retirarse de la Policía hasta que tuvo que acompañar a su hijo en uno de los peores momentos para los dos, cuando estuvo hospitalizado, en cuidados intensivos, por una cirugía de amígdalas, algo normal en su familia, pero se agravó, y lo que parecía un cuadro de muerte súbita por ruptura de carótida terminó siendo un milagro para ella.

Previamente se había presentado ante la Fiscalía a un concurso como fiscal local y fiscal regional; pasó a ambas secciones. Fue el coronel Héctor Amaya, que ha sido testigo de su crecimiento profesional y su papel como mamá, quien la impulsó a evaluar las variables de crecimiento personal y profesional que tendría en la Fiscalía, además de poder tener la posibilidad de ayudar a muchas más personas. Aquella evaluación, la situación crítica por la que pasó su hijo y sus ganas de estar más cerca de él hicieron oficializar su salida de la Policía Nacional.

Luego de este gran paso, agradece y se siente honrada de haber servido en la Policía Nacional porque pudo conocer la vocación, el amor que deja el trabajar bajo circunstancias exigentes y necesarias, aquellas que la han llevado a ser conocida en la Institución. Amor, dedicación, tenacidad, valentía, rigor, pasión y formación han sido varios de los valores que las personas más cercanas a Marelvis admiran de ella.

En su nueva responsabilidad en la Dirección Ciudadana de la Fiscalía General ha estado liderando un proyecto para la defensa de la violencia que han sufrido los niños, niñas y adolescentes del país, por el que, incluso, muchos la tienen como referente de lo que debería ser la labor de un fiscal. Para ella, uno de los choques más fuertes de llegar allí fue que no puede



ver los casos como carpetas, sino como personas que están pasando por alguna circunstancia grave que marca cada día de sus vidas.

“Gracias a tus fuertes raíces y el cobijo que nos brindas con tus acciones, podemos cumplir muchos de nuestros sueños y hacer valer nuestros derechos”. Estas palabras están en un cuadro de gran tamaño que tiene en su oficina. Fue su regalo de cumpleaños en 2018, se lo dieron los niños, niñas y adolescentes de Medellín con los que trabaja sobre violencia sexual, cuadro que para Marelvis simboliza todo el trabajo que realizó con ellos, recordándole que la abnegación y compromiso, no se daba por cantidad de sentencias, sino por al apoyo a las víctimas, consiguiendo así la instalación de espacios agradables para ellos a pesar de lo que realmente conllevaba estar allí.

“Hoy les va a hablar la mujer, la mujer afro que ha sido desplazada porque perdió su pueblo, la que perdió a su padre en condiciones de violencia y le tocó ver a una madre envejecer sola, una madre que soñaba envejecer con el papá, aquella que no se ha ido del pueblo, porque mi papá la dejó allí y espera morir para que la entierren al lado de él, la que tuvo que hacer de todo para sacarnos a nosotros adelante, la que nos enseñó a orar por las personas que mataron a mi papá, por doloroso que fuera, porque decía que Dios tenía que perdonar a esas personas. La que decía que, pese al dolor que sentía, ella tampoco lo tuvo que sentir, porque tuvo que quitarse hasta su luto para que pudiéramos vivir y así demostrarnos muchas cosas.

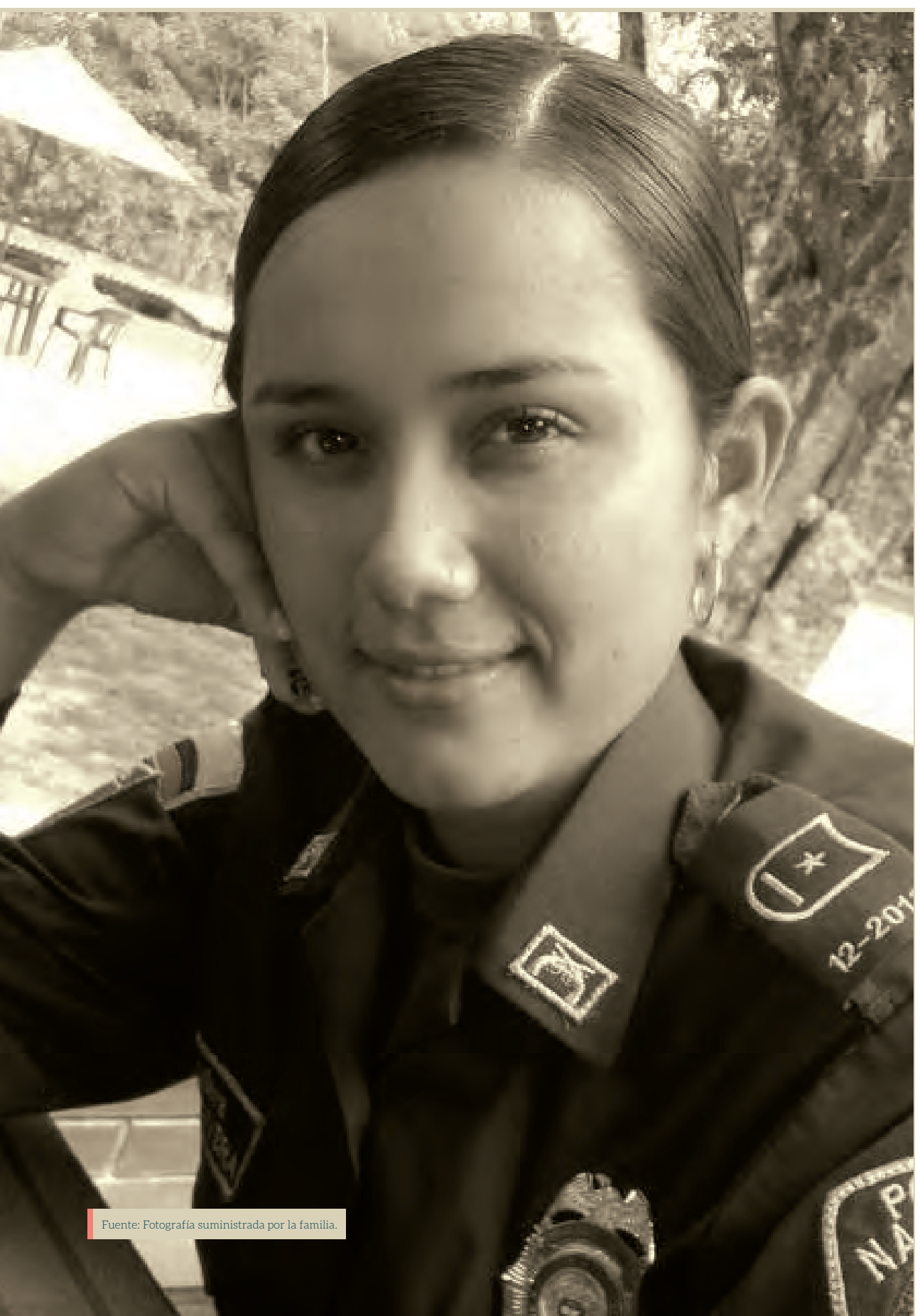
Les habla aquella que, huyendo de la violencia, llegó a otro sitio donde encontró más, donde a través de la muerte de sus compañeros vivió el dolor de sus familias; quien odia ir a los sepelios porque es recordar muchísimas cosas; la que puede hablar de un padre pero que tiene un hermano como referente de uno, lo que nosotras le hemos construido en la vida. La que no pudo ser joven, porque no tuvo la oportunidad y tuvo que asumir responsabilidades, la que fue a una Unidad de Víctimas después de 20 años y le dijeron que la carpeta de su papá estaba dentro de una de las 5.000 que estaban ahí, y que la busque a ver si hay alguien dispuesto a explicarme por qué lo mataron. Les habla la que le tiene que dar gracias a Dios porque sabe dónde está su papá, muchas personas de mi pueblo no pudieron enterrar nunca a su familia, muchas mujeres no se casaron de nuevo esperando a que su esposo llegara”.

Este discurso fue la respuesta que les dio a mujeres víctimas de la violencia en medio de un foro al que fue invitada y donde ellas criticaban a los funcionarios públicos por su posición *“privilegiada y alejada de la violencia”*.

“Lo único que tenemos que entender es que todos hacemos parte de este país, todos hemos sido víctimas; el dolor nos ha perseguido a todos”, concluye.



Fuente: Fotografía tomada por Ana María Sánchez.



Fuente: Fotografía suministrada por la familia.

Por: Jénifer Corzo

LOS SUEÑOS CAÍDOS DE UN ÁNGEL



"Los cobardes agonizan muchas veces antes de morir... Los valientes ni se enteran de su muerte."

Julio Cesar, Emperador romano

En el silencio de la madrugada, un toque de tambores despierta el corazón del Tolima. Guamo, en vísperas del Corpus Christi, reúne la fe de los creyentes en el retoque de las campanas. Un grito eleva el vuelo de las aves; atrás quedan los pesares y en pareja se baila El sanjuanero. Con pañoleta en mano, ella, tan viva como el fuego ardiente que ilumina la oscuridad, enciende el espíritu de la fiesta; extiende sus brazos y juega con su falda. Su cabellera negra se eleva como olas que quieren alcanzar el cielo en un salto de euforia. La alborada invade las aceras, contagia a los más pequeños y se toma el parque principal. La joven, que cautivó miradas y robó corazones, asoma y grita:

—¡Que viva el San Pedro!

En las praderas del Tolima, el primer rayo de sol cubre las siembras de ajonjolí. El manto de luz enciende el verde de los pastizales mientras don Dimas, con el alba frente a su rancho, comienza el trabajo de la finca. Toma café, visita el corral de las

gallinas y escucha la emisora comunitaria. A las siete de la mañana oye el mugir de los animales, arrastra el portón y toma por el sendero que lleva a la finca de Octaviano Villanueva. Don Dimas, como lo saludan los vecinos, se detiene a charlar y, al ver la hora, se apresura. Con hacha a la espalda, sombrero de ala grande y paso constante, llega hasta los linderos donde reposa el sésamo seco. Lo empaca en toldas de 100 kilos, cuidando que no estén rotas para no desbalancear la carga. El reloj sigue andando mientras los pajarillos revolotean entre las ramas para precisar un descuido y robarlo.

A un costado de la vía que comunica a San Luis con el Guamo, un portón negro de tablas viejas indica que allí vive la familia Vega Hernández. La fachada verde, con entradas de aire en el alar, deja correr el viento. Los ladridos del perro guardián dan aviso cuando alguien llega. Al fondo, un cachacal en cosecha de enero corteja, con la puesta del sol, a don Dimas y doña Gloria. Desde hace 46 años han visto largos veranos que amenazan con quebrar las cosechas, además de tormentas, que han desgarrado hasta su propia alma. Han sido padres seis veces y abuelos muchas más. La primera vez, en el amanecer del 19 marzo de 1993. Amparo Vega, su hija mayor, dio a luz a una pequeña criatura con cabellera azabache, ojos brillantes y piel tan suave como el algodón. Érika, como fuente de alegría, inundó la familia de ternura. Ese viernes, el río Cucuana se estremeció. Llovió tanto que el caudal alcanzó el borde del puente. El agua caía como agujas puntiagudas que dieron la bienvenida a la época de invierno.

En 1993, la lucha contra el narcoterrorismo fue la política del presidente César Gaviria, lo que creó una guerra que se extendió por todo el territorio; la delincuencia en las ciudades y la violencia en el campo fueron causas para el derramamiento irreparable de sangre inocente. Ese mismo año murió Pablo Escobar, el mayor narcotraficante de la historia, quien dejó un legado de dolor y dinero fácil, arrebatando la vida de muchos por unos cuantos pesos. Situación que no dejó de lado al Guamo, siendo también testigos de la marcha de los ejércitos de la muerte.

Un año después, Érika Olivera Vega fue bautizada. La niña consentida de la familia Vega Hernández resguardaba sonrisas y sueños fugaces. Su



Fuente: Fotografía suministrada por la familia.

madre, Amparo Vega, una mujer fuerte, de carácter indómito, pero llena de amor incondicional, se dedicó a ser madre soltera. La pequeña siempre se mostró libre, tan fuerte como su madre, pero tan dulce como su abuela, a quien también llamaba "mami". Gloria Hernández, una mujer espiritual que ha visto el correr de los años en compañía de las fotografías del álbum familiar, despertaba antes del amanecer para implorar una oración por sus nietos. Muy temprano, Amparo Vega, partía para el Guamo y dejaba a

la pequeña con su abuela. Ella preparaba jugo de lulo, el favorito de Érika, antes de que la pequeña lo reclamara. Los domingos asistían a misa, un ritual semanal que cultivó la fe de la niña, llevando como amuleto, la medalla milagrosa.

Durante muchos años, la casa de los Vega, en La Cordialidad, estuvo hecha de paredes de bahareque, un tejado de palma y los pasillos de tierra. Las tardes eran más frescas y las noches más profundas. Los días pasaban entre largas charlas, y la alegría de los pequeños unía a la familia. Amparo, con nostalgia, recuerda que ese tiempo pasado fue mejor; ahora esas palmas son troncos secos y cenizas en el fogón.

Cuando cumplió cinco años, entró al colegio. Muy temprano, su madre preparaba el desayuno, Érika, impecable con su uniforme, esperaba a su tía Marinela, quien la acompañaba hasta la pequeña escuela de la vereda. Marinela la esperaba en la orilla de la carretera con la bicicleta en la mano, dispuesta a escucharla con un carisma especial. La tía se convirtió en su más fiel confidente, un lazo de sangre que se fortaleció a pesar de sus nueve años de diferencia.

Una mañana llegó una visita inesperada, no era común recibirlas de esa forma. Una mujer elegante, con un tono de voz fuerte, visitó a los Vega Hernández. En el primer encuentro, la pequeña Érika levantó la vista y dobló abruptamente el cuello hacia atrás; con mucho detalle pudo observar a la desconocida. En la sala de su casa, con porte y uniforme, una tía de la familia Olivera, hermana de su padre ausente, a quien recordaba poco, la cautivó. Por primera vez escuchó “*Ella es policía*”. Policía retumbaba en sus pensamientos. Su apariencia pulcra y su temple generó en la niña una chispa de ilusión. Aquel día, y después de varios encuentros, un sueño empezó a cultivarse. Una y otra vez se le escuchó decir “*Quiero ser policía*”.

En el 2003, cuando Érika cumplió diez años, Amparo Vega conoció a Fernando González, un hombre bueno que se convirtió en su apoyo

incondicional. Después de un año, formalizaron la relación y planearon vivir juntos. Él trabajaba como conductor de las rutas escolares y ella en casas de familia. Como mano derecha, “*Fercho*” tomó las riendas de ese hogar y Érika aprendió a quererlo como un padre. Terminó sus estudios en el colegio Sor Josefa del Castillo, convirtiéndose en una adolescente, estudiosa, compañerista y roba corazones.

Todos los días se levantaba muy temprano para ver el amanecer con su abuelo, le daba una caricia a la “*mami Gloria*” y corría a bañarse. Su mamá le preparaba caldito de huevo, chocolate y una arepa de maíz con cuajada; cuando no alcanzaba, lo llevaba en la lonchera. La niña aplicada y juiciosa siempre obtuvo las mejores notas en sus clases. Muy temprano, Fernando encendía la camioneta, calentaba los motores y viajaban juntos para el pueblo. De camino, paraban varias veces para recoger a los demás estudiantes.

Guamo es un municipio ganadero, ubicado a 175 kilómetros de Bogotá. Se esconde en medio de los cultivos arroceros de Espinal y el río Saldaña. Para la familia Vega Hernández es el centro poblado más cercano. En carro tardan veinte minutos. Por carretera pavimentada, si es caminando, duran una hora. El paisaje se transforma en una paleta de colores cálidos. Llega hasta 40° centígrados en un día normal. La gracia del lugar invita a conversar con cualquier lugareño sentado en las bancas del parque.

En junio la multitud espera los pregones que inician el 23 y se extienden hasta al 4 de julio. Todo para la celebración del Festival del San Juan y San Pedro. La temporada de fiesta se inaugura con el Corpus Christi. Quemadas de pólvora iluminan el cielo con una explosión de colores. Como luceros encendidos en la tierra, el brillo de las miradas abre una ventana para soñar con la alegría de la mitad del año. Érika, con su encanto por las fiestas y el grito que rompe la madrugada del San Pedro, disfrutaba junto a su familia.

Cumplió 15 años en el 2008. Su fiesta era doble, también sería su graduación. Ese año fue elegida personera estudiantil. El carisma y la



Fuente: Fotografía suministrada por la familia.

autoridad con la que conquistaba al público la llevaron a ser una líder. Ayudaba a los demás, cuidaba a los indefensos y soñaba con ser policía. El 29 de marzo se celebró su fiesta, pero una tormenta acompañó la noche de sus primaveras. La fuerte tempestad robó los globos, la decoración quedó hecha trizas y el letrero de “Bienvenidos a mis 15” se destrozó.

En su graduación los recuerdos del bachillerato la llenaron de nostalgia. Después de salir del colegio, en las tardes, era profesora de preescolar, una forma de encontrar paz con los niños. Realizaba sus tareas con cortesía y amor, enseñó a leer y escribir a los traviosos de la vereda. Los chiquillos la adoraban: “*Te queremos, profe Erika*”, le escribían.

En mayo de 2011, Érika se presentó por primera vez a la Escuela de Policía Gabriel González (ESGON), ubicada en Espinal, al cumplir la mayoría de edad. En la primera prueba, sufrió un inconveniente médico lo que dificultó su ingreso. Mientras superaba el proceso de negación, pasaba los días en la finca. En las mañanas estudiaba en el Instituto Técnico de Guamo. En las tardes iba a la escuela; los fines de semana el caudal del Cucuana la esperaba con su grupo de amigos para el paseo de río, su plan favorito. Luego del primer rechazo a la escuela de suboficiales, Érika lo volvió a intentar. La señora Amparo le suplicaba que no insistiera más: “*Estudie otra cosa, mamita*”. Busquemos algo más.

Un día inesperado, mientras ellas arreglaban la casa, sonó el teléfono. Era un amigo de la familia: “Érika, necesito que se presente hoy a las dos de la tarde en la Escuela Gabriel González”, le dijo con mucha emoción. Con una explosión de llanto y felicidad, Érika abrazó a su madre y solo contempló el cielo con gesto de agradecimiento. Con el llanto en los ojos, emprendía el mayor sueño de su vida.

En el año 2013 empezaría el proceso que incluye exámenes de laboratorio, pruebas físicas de natación y resistencia en el campo. Era una de las mejores. El 23 de enero, Amparo entregó a su hija a la Escuela de Policía Provincia de Sumapaz Intendente Maritza Bonilla Ruiz (ESSUM), en Fusagasugá,

Cundinamarca. El llanto de su madre y los abuelos se apoderaron de los instantes antes de dejarla en la puerta de la escuela. Érika, como en su primer día de escuela, estaba tan feliz que la dicha se la transmitió en un profundo abrazo de despedida. Las llamadas eran restringidas, solo podían hablar una vez por semana. Los miércoles, Amparo podía escuchar por unos minutos la voz de su hija.

Desde las cuatro de la mañana, las estudiantes estaban alerta al llamado de sus superiores. Las visitas eran limitadas y el entrenamiento era fuerte y diario, lo que Érika le escribió a su madre:

“Mami, en estos tres meses en la escuela me he dado cuenta de muchas cosas. Tengo una familia incondicional que amo con todo mi corazón. No se imaginan cuánto los extraño. Pido perdón por mis faltas de rebeldía y el tiempo que no compartimos. Nadie va a superar el cariño que tengo hacia ti, mamita. Realmente los extraño, y aunque la distancia sea difícil y las decisiones cambien nuestra vida, mi única satisfacción es ver en sus ojos su orgullo por mí”.

Después de tres meses se vieron por primera vez. En un gran salón de visitas, las estudiantes aparecían en fila. Su madre y sus tías llegaron a visitarla. En cuanto la orden de “personal, retirarse” se escuchó, la dicha llegó. Frente a frente, madre e hija volvían a estar juntas. El cambio de Érika en la escuela fue asombroso. Su madre reconoció una mujer fuerte, madura y dispuesta a defender el lema Dios y patria. El costo de extrañar rompió en llanto a la joven, abrazó a su madre desde el sentimiento más puro de sus entrañas. Las largas noches de espera terminaron y las llamadas que se cortaban por la débil señal habían quedado en el pasado.

Cuando Érika terminó el curso a sus 20 años, su lugar ya estaba asignado. El 9 de diciembre del 2013 fue remitida a Santander. Mientras la señora Amparo trabajaba en casa de familia, su abuela le repetía “Mamita, no se vaya tan lejos”. “Estaré bien. Todos estaremos bien”, fueron sus palabras cuando arreglaba la maleta. Se despidieron días después.



Fuente: Fotografía suministrada por la familia.

Nunca tuvo duda de salir y romper fronteras. En Girón, Santander, tierra brava y caliente, 523 kilómetros la separaban de su tierra natal. Una nueva vida. Todos los días hablaba con su madre, saludaba a “Fercho” y pedía la bendición a la mami Gloria. Turnos aleatorios. Día o noche. Érika era feliz en su trabajo; las horas pasaban entre los procedimientos de rutina en las calles y las noches largas persiguiendo delincuentes.

A principios de junio de 2014, Érika planeó con su madre un viaje a Girón, pero antes viajaría para el San Pedro en Guamo.

“Mami, me espera para ir al mercado; yo viajo el miércoles de la próxima semana. Saludos a todos”. En eso quedaron el 20 de junio. La patrullera planeaba viajar el 25, reencontrarse con su familia y bailar hasta el amanecer. Después de seis meses en Girón, quería volver a casa.

Toda la semana, antes de viajar al Tolima, Érika dobló turnos para que el permiso se extendiera. Luego de largas jornadas, llamó a su madre para las buenas noches. “Bendición, mami; nos vemos pronto. Le envié con mi tía Leonor una platica”, le dijo.

La mañana del sábado, Érika madrugó a cumplir su turno. A las 7:20 la alarma se encendió en la estación. En el barrio La Meseta de Girón, tres delincuentes atentaron contra la libertad de Jaime Andrés Fonseca, un joven de su misma edad. El patrullero Édwing Sequeda Florian y Érika Olivera estaban cerca del sector, dan aviso a la central e inician la persecución.

Un cuarto antes de las 7:00 a. m., un joven estudiante, Jaime Andrés Fonseca, se dirigía a Girón. En ese momento, otro vehículo se le atravesó; tres sujetos portando armas de fuego le gritaron: “Bájese del carro o se muere”.

Ante la agresión, la víctima inició la marcha hacia atrás; en vista de la maniobra, los agresores alcanzaron a subirse en los estribos de la camioneta y pretendieron partir el parabrisas. En las maniobras del vehículo, los

delincuentes, consiguieron disparar en varias oportunidades. El conductor del vehículo, Élver Castellanos Mogoterro, continuaba maniobrando para defender a Jaime Andrés. Días anteriores, los delincuentes le habían ofrecido un cambio de un lote por una urbanización en el sector. Él y su padre, Jaime Fonseca, ex alcalde de Girón, durante varios días habían negociado. El encuentro se concretó para el sábado en la mañana. El joven Fonseca empezó a notar comportamientos extraños y canceló la reunión.

La Policía fue informada de esa persecución. Los secuestradores lo advierten y tienden una emboscada a los patrulleros. Varios disparos buscaban derribar a los policías. Como se había solicitado apoyo, al llegar al lugar del ataque los encontraron tendidos en el piso. Se queda intentaba contar lo sucedido. Érika yacía inmóvil, respiraba lento y su vista se apagaba. Gravemente herida en la espalda y en el pecho, lucha por su vida.

Conduciendo, don Fernando recibió una llamada camino hacia la finca. El frío le recorrió todo el cuerpo. Amparo estaba sentada en el muro, cerca de la cocina, hablando con su sobrina mientras le planchaba el cabello.

“¿Dónde está Amparo?”, dijo al fin, mientras las manos, frías, le sudaban sin control.

“¡Érika!”, dijo después.

“¿Qué pasó con Érika?”. De inmediato, Amparo se levantó de la silla, y como una sombra que le nubló la razón, empezó a gritar.

“Érika está herida”, añadió Fernando, mientras los ojos se le inundaban de dolor.

“Fernando, dígame la verdad”, dijo Amparo en medio del llanto y la desesperación de una madre que no quiere oír la respuesta.

“¡A Érika la mataron!”.

Sin anestesia, sintió cómo el cuerpo se le desvaneció. Un grito retumbó las ventanas. Fernando estaba tan nervioso que tomó la camioneta y se marchó para contar la mala noticia a los demás familiares. En instantes,

la casa se llenó de aglomeración. Llegaron sus hermanas, los vecinos y los amigos. Nadie asimilaba la situación. Los noticieros se llenaron de titulares.

“Patrullera muere por detener un secuestro”, escribieron.

Amparo, sin lograr controlarse, gritaba y clamaba: *“Mi niña no; ella no”*. El dolor se apoderó de su razón. Sin rumbo, empezó a correr por la carretera, sin importarle su propia vida, cuando el tráfico amenazaba con derribarla también. Esa mañana no existía más luz, solo dolor. La carretera no tenía rumbo. Su amiga Andrea Ceballos salió tras de ella y comenta:

“Yo no sé de dónde saqué valor, por Dios, para gritarle a una niña que pasaba por la carretera”, relata la señora Gloria. *“Juliana, agarre a Amparo”,* mientras los ojos empiezan a aguararsele.

Don Dimas, pensativo con la vista perdida, cuenta:

Ese día estaba donde Octaviano, sembrando ajonjolí. Le marcaron al celular y él contestó.

“Le tengo que contar una terrible noticia”, dijo Octaviano.

“¿Qué pasó?”, respondió don Dimas.

“Mataron a Érika”, dijo a secas y sin consuelo.

“¿Cuál Érika?”, volteó la vista y continuó su tarea.

“Su nieta”.

Érika murió a las 8:20 a. m. en las calles de Girón. Con el arma puesta para disparar, un tiro en la espalda le atravesó el abdomen, la desangró. El tiempo no fue suficiente para llegar con vida al centro hospitalario. En un segundo, el corazón se le detuvo; murió salvando la vida de un joven de su misma edad. Como una heroína de carne y hueso, logró salvar el asalto aun a costa de su propia vida. En cámara ardiente le rindieron honor por algunas horas en Bucaramanga luego que su madre llamara y exigiera



Fuente: Fotografía suministrada por la familia.

que le entregaran lo antes posible el cuerpo de su hija. Esa misma noche el avión de la Policía Nacional la trasladó hasta Ibagué.

El cadáver de la patrullera Olivera llegó a la medianoche a Ibagué. La víspera del Corpus Christi, las motocicletas y carros la recibieron en tropa. A la 1:30 a. m. le dieron el recibimiento entre pitos y llantos. El desgarrador grito de su madre se apoderó del féretro. Los acompañantes tenían arrugado el corazón de tristeza; los pasillos que ella corrió de niña, ese día estaban llenos de flores y coronas fúnebres. El olor a rosas se concentró. Ningún homenaje ni los elogios podrían recuperarle la vida.

“Perdón por estas palabras. Acepto tu voluntad, Señor, pero ¿por qué la llamaste?, ¿por qué te la llevas tan pronto”, se preguntó su madre.

Al otro día, Fernando fue a organizar la iglesia. Como las fiestas habían empezado, no había disponibilidad para otra misa. En la iglesia del Carmen, en Cucuana, se concilió con el sacerdote y la misa se ofició. Las flores no cabían en la sala ni en el patio. La carretera estaba llena. El 22 de junio, la hora del último adiós, se acercaba. La banda marcial sonaba al son de tambores y sus amigos llegaban de todas partes. Nadie estaba preparado

para esa muerte, aunque es lo único seguro en la vida. Su novio, Ricardo Amaya, lloró toda la noche sin creer en los oscuros días que vendrían.

En diciembre, Érika empezaría a estudiar psicología. Quería homologarse para ser oficial de la Policía. Pero entre la avaricia y la delincuencia que somete al país, robaron sus sueños en un instante. Unos cuantos pesos vale una vida. Unos mueren salvando otras.

A los 20 días, Amparo Vega, su hermano Gustavo y “Fercho”, viajaron a Girón. El 11 de julio, Érika recibió un homenaje en la iglesia de Girón. Niños vestidos de blanco y una placa que la ascendía a subteniente de la Policía.

“¡Tía, tía, mi mamá está muy enferma! Ayúdala”.

La tía Marinela soñó muchas veces con Érika. Habló con ella, la sentía cerca. Los sueños fueron una presentación. Sin entender el mensaje, confundida, Marinela habló con Amparo, quien, meses después, detectó a tiempo un cáncer de colon que amenaza con robarle la vida. En sueños en un jardín de flores, vestida de blanco immaculado, la princesa apareció:

“¡Déjame ir! ¡Quiero descansar! No llores más, que yo estaré bien. Dile a mi mamá Gloria que me dejen ir”.

El cementerio dejó de ser el lugar de encuentro cada día. Una sombra triste, frente a lápida, se desvaneció. El perdón llegó y Érika partía para convertirse en una guardiana del cielo. En su familia el recuerdo está en las fotografías; las fiestas de junio se esfuman en su recuerdo.

Después de seis años, el amanecer del Tolima se mantiene imponente al despertar los cultivos de limón y dar luz y sombra a las palmas de aceite. En Santander, el patrullero Édwing Sequeda vive junto con su familia. Aunque tiene limitaciones en el brazo derecho como consecuencia del atentado, aún es funcionario de la Policía Nacional.

En la casa de los Vega Hernández, el café de la mañana reúne a la familia con el amanecer tolimense. Ladran los perros al ver llegar a los estudiantes. Han sido años duros; la lluvia moja el terreno seco que dejó la muerte de Érika. Hay calma en el pasillo que lleva a la sala. En la pared principal, una gran fotografía se contempla a simple vista, el rostro de Érika se conserva ajeno a los años. En una vitrina, se conservan sus uniformes; pero más allá, se honra el sueño de Érika, ¡ser *policía*! En el ocaso del día, mientras el sol se desgarrá, Amparo suele pensar en su hija. Y cada San Pedro, la fiesta también es en memoria de la hija del Guamo. El sol se oculta y con él un día más sin ella.





Fuente: Fotografía suministrada por el Departamento de Policía de Arauca.

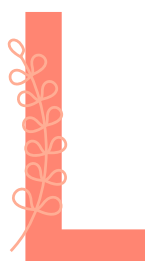
Por: Karen Zapata González

“POLICÍA” DE ALMA, VIDA Y CORAZÓN



*“El hombre valiente no es el que no siente miedo, sino
aquel que conquista ese miedo.”*

Nelson Mandela. Abogado y político sudafricano.



La Basílica de Nuestra Señora de Lourdes es su lugar preferido en el momento en que pisa Bogotá. Es una mujer amorosa, entregada a Dios, dulce, carismática, hermana, trabajadora y madre.

Entramos a eucaristía ese 16 de febrero, aproximadamente a mediodía. En el cielo el sol brillaba en todo su esplendor. El día anterior había llovido y se pensaba que este iba a ser igual. Ella llenaba el espacio con su carisma, con su familiaridad. Decidimos ir por un café y noté que su salud no estaba lo suficientemente bien, luego me enteraría de la razón.

Blanca Cecilia Olivera López nació el 18 de febrero de 1962 en Bogotá, es la segunda de ocho hermanas; tiene tres hijos y seis nietos. Sus padres decidieron llevarlas a Arauca desde muy niñas puesto que en ese momento era lo mejor para ellos. Toda la niñez, adolescencia y juventud las vivió allí, en Arauca.

Con lágrimas relata lo duro que ha sido la vida en aquel departamento golpeado históricamente por la violencia.

Su hermana Martha nos acompañaba ese día en el café, y contó que la niñez de ellas fue muy difícil; con respecto al amor y a la familia, todo se consideró normal y agradable; se vivió una gran niñez. Pero cuando hablamos de seguridad y calma, nunca fue así; y hasta el día de hoy, comentan que no se puede salir con total tranquilidad.

La niñez de Blanca y Martha se vivió en Tame, un municipio situado en el suroccidente de Arauca, que ha sido junto con Sabaneta, los más afectados por la violencia.

“Mi hermana Blanca es la segunda de las hermanas, y yo la menor. Somos muy unidas; nuestra niñez nunca fue de esas como las que se ve en televisión, fue algo diferente. Nuestros papás nunca nos dejaban salir a fiestas o cosas así, siempre era a misa o a un parque y después para la casa. Con los vecinos uno se podía ver de vez en cuando; teníamos el amor de nuestros padres; pero como niños, no podíamos salir a jugar en un parque o vivir con tranquilidad; todo era miedo y zozobra. A mi hermana le tocó salir a trabajar desde muy pequeña para poder ayudarnos a nosotras y a nuestros padres. Además, porque fue madre cabeza de familia, le tocó muy duro; ella nos ha colaborado mucho económicamente en la casa”, comenta Martha entre lágrimas.

El papá de ellas murió hace 33 años y la mamá quedó sola para criarlas. La señora Dionisia trabajó en el colegio de monjas del municipio en el aseo general, y con eso y la ayuda de Blanca, todas pudieron salir adelante.

Blanquita recuerda que fue una mujer con mucho amor por su familia; decidió empezar a trabajar para poder ayudar a sus siete hermanas. Logró conseguir un trabajo que, hasta el día de hoy, le ha traído muchas cosas buenas y otras no tanto. Ama lo que hace, le gusta servir a los demás, tender una mano amiga a quienes lo necesitan. No espera nada a cambio;

lo único que quiere es poder seguir perteneciendo a la que ha sido su familia por más de 32 años, a la Policía en Tame, Arauca.

Ella no quiere terminar esta etapa de la vida que le da la felicidad absoluta porque sabe que ha sido como una mamá para muchos; porque la Institución le ha ayudado en lo que ha necesitado; sus compañeros la hacen sentir especial cada día; y aunque no porte un uniforme como los que portan los capitanes, tenientes, patrulleros y demás, tiene amor y lealtad grandísima por la Policía, por la que es su casa.

Su sobrino relata que para ella no ha sido nada fácil pasar por tantas cosas; ama su trabajo, pero también la ha hecho sentir mucho más insegura, intranquila y que cada vez que sale de trabajar piense que algo malo le pueda pasar.

“Ella tiende a ser muy callada evitando decir muchas cosas, al momento de conversar con alguien que no conoce, prefiere ser de pocas palabras”, cuenta.

Entró a trabajar en el Comando de la Policía de Tame el 27 de julio de 1987; era muy joven y con muchas ganas de trabajar y de sacar a su familia adelante. Inició en servicios varios, luego les cocinaba a los del comando. Todo transcurría normalmente hasta el día en que se vio amenazada.

“La señora Blanquita ha sido una mujer, no uniformada, de nuestra Institución. A pesar de que no desarrolla una labor muy visible ante los ojos de la comunidad tameña, siempre ha sido una pieza fundamental para el desarrollo de las actividades normales de la Estación de Policía”, explica el teniente Merchán con voz entusiasta.

Es mamá de tres hijos. Del primero quedó embarazada a los 16 años y tuvo que trabajar muy duro, puesto que en ese momento no tenía muchas entradas económicas. Ser mamá soltera fue un momento un poco difícil en su vida, pero esto la impulsó a seguir adelante sin importar las

adversidades. Recuerda que cuando inició a trabajar con la Policía le tocó muy difícil, puesto que la seguridad en Tame cada vez se complicaba más.

Decidió entrar a trabajar allí porque había un cuñado que era Agente; él fue a la casa y le mencionó a Blanca que había un puesto para servicios varios. En 1987, la vincularon en la Policía Nacional. Tenía que buscar los papeles para poder entrar.

Duró un tiempo sin poder ver a sus hijos ya que por esos días le tocaba vivir en el comando de la policía, pues todos estaban recibiendo amenazas y ella lo que menos quería era que sus hijos vivieran algo tan difícil.

“A mis hijos les tocaba decir que yo no era su mamá, les tocaba estar detrás de mis hermanas para que las personas creyeran que alguno de ellos era hijo de alguna de mis hermanas”, relata la señora Blanquita con la voz entrecortada.

“Antiguamente llegaban a su casa. Le tocaban la puerta y le dejaban un papelito que decía ‘Usted es un metido trabajando en la Policía’”, recuerda Martha.

Sus tres hijos viven en Tame; todos son profesionales. El mayor pensó entrar a la Policía, pero no pasó las pruebas y terminó estudiando otra cosa. Blanca recuerda que ella le dijo a él que por algo pasan las cosas, que Dios no quería que tuviera esa profesión.

“Debo reconocer que la señora Blanquita se convierte en esa madre consejera, en esa especie de polo a tierra que necesitamos quienes no tenemos una familia cerca. Ella cumple, en parte, ese vacío que sentimos muchos acá”, comenta el teniente Merchán.

A lo largo de su vida ha tenido que vivir, ver y sentir lo que muchas esposas y madres sufren, puesto que ha sido testigo de innumerables ataques que han traído como consecuencia dolor y muerte. Es una mujer



Fuente: Fotografía suministrada por el Departamento de Policía de Arauca.

fuerte que ama a su comunidad y, aún más, ama a los que pertenecen a la Policía. En cada frase que ella dice tiene un agradecimiento para la Institución y para Dios.

“Nos tocaba, a veces, dormir en un búnker que se encontraba en el comando porque llamaban a decirnos que iban por nosotros. Todos teníamos que dormir allí, las esposas e hijos de los policías”, recuerda la señora Blanquita. Es difícil ver cómo una persona tan amorosa y tan única llora al hablar de su vida; nunca nos imaginamos qué tan difícil puede ser vivir así.

79

Es un ejemplo de una mujer luchadora, que hace lo posible por seguir en esta institución que la hace feliz. Le gusta estar en la Policía, es lo que la hace feliz; nunca para de hacer cosas; todos los días trabaja; le gusta estar activa; lo que no le gusta es la zozobra e incertidumbre que se vive.

“En el municipio en el que estamos no se ha vivido tanta violencia como en Saravena o Arauquita. Tame es un poco más calmado”, comenta la hermana de la señora Blanca. Una de esas limitaciones para poder vivir bien en Arauca es la seguridad; siempre se ha vivido con miedo, sin poder disfrutar bien de la vida, porque no se puede estar tranquilo en un parque, no se puede salir en la noche por las calles; la zozobra abunda en las personas de los municipios que han sido golpeados por el conflicto.

Ese 29 de enero de 2020 me desperté a las cuatro de la mañana con el ánimo de ir a trabajar, como lo he hecho desde hace 32 años. Hice una oración, me levanté de la cama, pasé a la cocina, puse una jarra para hacer el tinto; luego fui al baño, me duché y me lavé la cara, pasé a la habitación, vestí mi uniforme y tomé un tinto, les regué un poco de agua a las plantas, y faltando un cuarto para las seis, salí para mi trabajo. En el momento en el que llegué al comando, saludé a mis compañeros que están en servicio y pasé a hacer mis labores diarias”, describe la señora Blanquita.

Esa mañana se encontraba a las nueve de la mañana con un compañero, un patrullero que en ese momento estaba prestando la vigilancia. La señora Blanca estaba sentada y el patrullero se encontraba de pie, en la guardia. Ella había llegado unos minutos antes a hablar con él. En el área donde ellos estaban sentados no había ninguna malla de protección que los cubriera. Vieron acercarse una moto a mediana velocidad; la señora Blanquita no los siguió con la mirada, pero desde lejos vio que esa moto tenía dos pasajeros, algo normal para ella, hasta el momento en que empezó a escuchar unos disparos. Le preguntó a su compañero a qué se debía ese ruido, lo único que pudo pensar fue en salir a correr. En ese momento sintió la primera herida cerca de la cara, específicamente en la quijada. Los vidrios del comando explotaron; ella, pensó que le habían disparado. Comenta que lo único que pudo hacer fue ponerse a rezar y pedirle a Dios que la protegiera. Corría gritando que estaba herida y nadie le ponía atención puesto que todo el mundo estaba alerta pensando en qué

más podía pasar. Una señora de la cocina le prestó los primeros auxilios, tenía bastante sangre en el cuello. La sacaron del comando y la llevaron para el hospital.

Una compañera en el hospital le mencionó que se había pegado en la cabeza con un carro, pero doña Blanca estaba segura de que no. Le limpiaron nuevamente la herida, y en ese momento reaccionó. También le dijeron que la moto en la que iban las personas que lanzaron la granada iba pinchada, la dejaron en la mitad del camino y de ahí tomaron otra para escapar.

“Desperté en el hospital, me dolía todo, sentía un ruido extraño en mis oídos, no podía moverme muy bien; solo recuerdo que me contaron que mi compañero se encontraba bien y que cuando él vio que los de esa moto lanzaron algo, empezó a disparar. No sé por qué tenemos que vivir este tipo de cosas”, recuerda llorando.

El doctor le explica que la herida no era grave ni profunda, eso la tranquilizó un poco, pero hasta el día de hoy le sigue doliendo el cuerpo. Su salud está un poco deteriorada; cree que está tan adolorida porque la onda la lanzó tan fuerte contra la pared que su cuerpo no resistió mucho el golpe. Tiene algunas esquirlas en la pierna, no se las han podido sacar; siente todo el dolor por el cuerpo, pero más en el corazón. La llevaron hasta Saravena para que la pudieran revisar.

“Recuerdo que los de la moto venían riendo, se escuchaban sus carcajadas”, relata Blanca. No se dio cuenta a qué hora lanzaron el artefacto ni en qué momento salió corriendo con la herida en el cuello.

Nunca le había pasado algo así en todo el tiempo en el que había durado en la Policía; pero cuando se escuchaban disparos o cuando los llamaban a amenazarlos, ella se escondía detrás de un mesón grande. Días antes al atentado, Blanca dice que se habían escuchado algunos rumores de que iban a hacer un ataque, no se sabía en dónde, no se sabía si en Tame o en otra zona de Arauca.

En muchos municipios de Colombia se suele estar en alerta como medida de seguridad. Si bien los índices de violencia disminuyeron después del Acuerdo de Paz en el 2016, todavía hay sectores que se niegan a convivir en medio de las diferencias. Siempre se trata de vivir a la expectativa y con mucho cuidado. Por desgracia, nunca se sabe si el día de mañana se sufrirá de algún acto violento.

“Mujeres en la Policía hay muchas, sean uniformadas o no. Pero la señora Blanquita es una berraca, echada pa’ lante, que como en sus mismos relatos, ha superado situaciones difíciles y complejas por el conflicto armado interno y por las acciones terroristas que los grupos armados organizados han realizado en contra de la Fuerza Pública en este municipio”, comenta el teniente Merchán, sintiéndose orgulloso por haber podido compartir un tiempo de su vida con la señora Blanquita, quien le ha enseñado muchas cosas.

Ella se formó prácticamente en la Policía. Ama a sus compañeros; todos los días ora por ellos. Cuando escucha una patrulla o ambulancias, ella se sienta al lado de la ventana a mirar y a orar por los que están en el comando; vive pendiente de ellos, siente como si fueran sus hijos. En la noche no duerme pensando en qué momento llegan y lanzan algún artefacto o les hacen algún atentado.

“Aún sigo viviendo con miedo y más que todo por mi mamá. Ella vive aún, ya es de edad, pero vive nerviosa. Mi mamá no puede dormir cuando salgo de la casa y se preocupa aún más después del atentado en el que estuve. Eso me tiene a mí pensando; mi mamá me dijo que no quería que yo siguiera trabajando, que yo ya tenía el tiempo, era mejor que me retirara”, comentó con tristeza el teniente.

En los medios de comunicación, antes de la pandemia de mitad de 2020, se hablaba sobre la necesidad de reforzar la seguridad en Arauca, puesto que allí es donde estaba concentrada toda la guerra, donde estaban sonando con fuerza las bandas delincuenciales y los grupos armados ilegales.



Fuente: Fotografía suministrada por el Departamento de Policía de Arauca.

“Cuando estuvo el presidente Juan Manuel Santos, se vivió un poco de calma en Tame; los grupos guerrilleros cesaron un poco y se respiró algo de seguridad”, comenta Blanca. Ya se podía salir con más tranquilidad, lo dicen, con algo de nostalgia, muchos de los habitantes del municipio.

“Los campesinos son los que más sufren, tienen que cumplir las órdenes de alguien que está al mando de un grupo armado, porque si no lo hacen, ya sabemos qué es lo que puede pasar”, comenta Martha, su hermana.

Mi hermana es una mujer berraca, trabajadora, juiciosa, emprendedora, y no quiere salir de la Policía. No quiere salirse por nada, nos ha costado convencerla de que se pensione, pero no quiere; ella quiere a sus muchachos, a su Institución, pero entonces yo creo que ahora sí se llegó el momento a raíz de lo que pasó, ya cumplió un ciclo, y uno bien largo, fue la última gota que le cupo al vaso. Ella era la que les colaboraba a sus compañeros, vivió muchas cosas, y

uno era el que sufría sin poder verla. Casi nunca logramos pasar una Navidad juntos”, comenta Martha, mirando a su hermana Blanca.”

Finalizando nuestro encuentro, la señora Blanquita me comenta que tiene que ir de nuevo a presentarse al Comando de Tame para pasar los papeles para la pensión. En el momento en que lo menciona, llora y me da a entender que para ella es muy difícil tener que salirse de allí, en donde le han dado muchas oportunidades. Además, ella ama lo que hace, quiere mucho a sus compañeros, ha vivido tantas experiencias en estos 32 años que ha estado al servicio, que no se imagina el día en el que se levante y sepa que ya no tiene que trabajar más allá.

Sabe que en todos estos años Dios la ha acompañado y nunca la ha dejado sola, puesto que gracias a él nunca le ha sucedido nada grave, dice. Tiene muchas palabras de agradecimiento para la Policía Nacional. Ella se pone en el lugar de ellos y sabe lo duro que es alejarse de la familia, lo duro que es estar solo, pero sabe que todo eso es por salvaguardar la vida de su comunidad.



Fuente: Fotografía tomada por Karen Zapata González.



Por: Daneisi Rubio Rosero

EN MEMORIA DE UNA MUJER VALIENTE



“El coraje no se puede simular: es una virtud que escapa a la hipocresía.”

Napoleón Bonaparte. Emperador francés.

El cielo encapotado de la Plaza de los Héroes Caídos, ubicada en el occidente de Bogotá, no parecía ahuyentar a la multitud que había llegado al homenaje del 12 de abril de 2016 con motivo del Día Nacional de las Víctimas. La banda marcial cortaba el bullicio del público y periodistas, que estaban pendientes de capturar el momento del día, mantenían sus ojos curiosos sobre el entonces presidente, Juan Manuel Santos, rodeado del ministro de Defensa, Luis Carlos Villegas, la cúpula de la Policía y las Fuerzas Militares. En medio de la multitud de corazones heridos que asistieron ese día, Lorena Alexandra Vargas Ramos esperaba su turno para recibir la medalla que hacía homenaje a su madre, Nancy Marlene Vargas Ramos, una suboficial de la Policía asesinada en un atentado perpetrado por las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) en Bogotá.

Cuando llegó el momento de entregar el reconocimiento, el grupo de periodistas ansiosos vio en primer plano cómo, en medio del acto protocolario, Lorena se negó a recibir las condolencias del presidente, hecho que fue portada los días siguientes.

Ese día, ante la vista de todos, menos mediática pero con la misma indignación, Lorena lloró de rabia. De nuevo, la ausencia de su mamá se le amotinó sobre los hombros y volvió a pesar, como en la infancia, cuando ella, siendo aún una niña, no entendía por qué su madre no estaba, ni por qué, tan de repente, tenía que decirle a su abuela “*mamá*”.

Al culminar la ceremonia, Lorena se llevó a casa la medalla con un sentimiento de impotencia, porque, aunque el objeto daba cuenta del heroísmo de su madre, por sí solo no compensaba su partida, y dejaba a la vista, el vacío que había quedado en la familia Vargas Ramos.

Nancy era hija de una familia bogotana producto de la unión entre Ana Matilde Ramos y Álvaro Vargas Andrade. Era la hermana intermedia entre Consuelo, que solo le llevaba un año, y Pilar, menor tres años. Su infancia transcurrió entre Bogotá y Neiva, ciudad a la que la familia se trasladó varias veces por largos períodos. Sus primeros años pasaron en medio de los juegos infantiles de las dos ciudades, junto a la enorme cantidad de amigos que hacía Nancy donde estuviera. “*Ella era mi confidente, mi mejor amiga*”, dice Consuelo. Las dos hermanas mayores eran más unidas por su cercanía de edad, pero no por eso Nancy era distante con Pilar, la pequeña de la familia. De niña arrastraba a sus hermanas a las clases de gimnasia y deportes a las que ella asistía.

88

Era una niña con el espíritu inquieto, pero al mismo tiempo era cuidadosa hasta la saciedad con los suyos. Mientras Nancy culminaba el bachillerato en Bogotá, su familia estuvo nuevamente un tiempo en Neiva. “*A ella le gustaba comprarse adornos, aretes y ropa. Siempre llegaba con algoito y nos contagiaba de su alegría. Era muy risueña, y en las fiestas hacía reír a todo el mundo*”, recuerda Pilar.

En una de sus visitas, Nancy les llevó a sus hermanas un par de bolsos cruzados de moda para que tuvieran el mismo que ella había comprado.

En esas vacaciones, el trío Vargas Ramos fue la sensación del barrio en que vivían en Neiva, que por aquel entonces carecía de todo lo novedoso que llegaba a Bogotá.

Los lunes tocaba noche de romería porque Pilar, que en ese momento terminaba el bachillerato, estaba en clases de teoría comercial y secretariado, una asignatura extra del colegio en la que tenían que crear empresa y ocupar un cargo administrativo. *“Nos tocaba vestirnos formal. Como yo no sabía qué ponerme a veces, Nancy me decía ‘Venga, nené, miramos qué se pone mañana’, y juntas me buscaban la pinta. Éramos muy unidas”,* rememora Pilar. Las dos hermanas mayores pasaban horas frente al espejo jugando a vestir a la menor; las risas adornaban la casa.

El ímpetu de Nancy por ayudar a otros fue el antecedente de su vocación. A los siete años, provista de una voluntad férrea, le dijo a su mamá:

“Yo quiero ser policía”.

“No, mamita, los policías solamente son los hombres”, le respondió Ana Matilde.

“A mí no me importa, mami. Yo quiero ser policía cuando grande”, dijo Nancy, indispuesta a que le cortaran la ilusión.

“No, mamita, no hay mujeres policías”, le recordó su mamá.

La discusión no terminó ese día, solo se pospuso hasta que Nancy culminó el bachillerato. Lo cierto es que, desde 1953, ya había mujeres formándose en las filas de la Institución. María Eugenia Rojas, hija del teniente general Gustavo Rojas Pinilla, que en ese momento era el presidente de la República, abrió la senda para que las mujeres fueran admitidas en la Policía. En 1977, cuando Nancy alcanzó la mayoría de edad, la Escuela de Cadetes de Policía General Santander abrió las puertas al primer curso femenino de oficiales de los servicios. Ella no ingresó en ese momento, pero eso sirvió de inspiración para que años más tarde resucitara su deseo de la infancia.

“Por aquel entonces ya estaban admitiendo mujeres policías, y una tarde Nancy le dijo a mi mamá: ‘Si ve, mami, sí hay mujeres policías. Ahora sí me voy a meter’. Ella misma se encargó de hacer las vueltas, averiguó qué tenía que hacer y en 1982 entró”, relata Consuelo Vargas, hermana mayor de Nancy.

A partir de entonces, la Negra, como le decían sus cercanos, estuvo en servicio doce años. Se hizo cabo primero al tiempo que estudiaba informática en la Universidad Surcolombiana y no descuidaba a los suyos.

El viernes 22 de julio de 1994, Nancy partió de la casa materna y no regresó jamás. Ese día, por la mañana, se preparó muy temprano y alistó a Lorena, de cinco años, y a Diego, de cinco meses, para dejarlos en casa de la abuela, quien los cuidaba mientras la madre estaba trabajando. Esa noche Lorena la vio volver a casa con los ojos cansados, pero con el uniforme y la disposición intactos para regresar al trabajo una hora después. Era la primera ocasión, y fue la última, en que tuvo que hacer doble turno.

Nancy Vargas era cabo primero y trabajaba en el CAI del barrio Lucero Alto en el turno de día. Había regresado esa misma semana luego de completar la licencia de maternidad otorgada por el nacimiento de Diego, su segundo hijo, y estaba muy contenta. *“Por esa época estaba molestando mucho la guerrilla. No hablábamos de eso. A mí sí me daba miedo, pero a ella no, ella era tranquila”,* recuerda Ana Matilde Ramos, madre de Nancy.

Una vez acabó la cena esa noche, la uniformada se despidió de la familia y cruzó el umbral. Lorena se quedó con la abuela y su hermanito, Diego, viendo televisión en la sala. En esas, el noticiero en su emisión nocturna rompió la calma de la familia. El teléfono comenzó a sonar desesperadamente y la confusión lo inundó todo. La voz del presentador anunció con severidad que el policía Rafael Aguilar Ramírez y la subintendente Nancy Rodríguez habían sido asesinados durante un ataque guerrillero en la localidad de Ciudad Bolívar. A su vez, la misma voz repetía que se habían presentado hostigamientos y enfrentamientos

entre la guerrilla y la policía en varios sectores de la ciudad. Esa noche el frío capitalino se llenó de sangre y la casa de los Vargas Ramos quedó sitiada por el miedo. Aunque el apellido de Nancy no coincidía, no saber nada de ella aumentaba el mal presentimiento.

“Ella acostumbraba a llamar todo el tiempo cuando llegaba a la oficina. Siempre estaba muy pendiente de su familia. Pero ese día no llamó más”, recuerda su madre, Ana Matilde. El silencio del teléfono era el peor de los presagios. La madre de Nancy no se desprendía del aparato mientras esperaba que su hija la llamara. “A nadie le entraba la llamada a la estación; pero cuando mi abuela llamó, a ella sí le contestaron”, recuerda Lorena.

Los segundos en que Ana Matilde estuvo al teléfono fueron confusos porque quien le recibió la llamada no supo darle razón de Nancy. “Yo en medio de mi inocencia no era consciente de las cosas”, reconoce Lorena. Familiares que vivían cerca llegaron al apartamento a acompañar a Ana Matilde. Sus otras hijas, Consuelo y Pilar, también aguardaban delante del televisor, cada una en su domicilio, a que la uniformada asesinada no fuera su hermana.

“Cuando recibimos la noticia, tratábamos de comunicarnos con ella, pero no nos contestaba. Ella tenía biper³. Le mandábamos mensajes diciéndole que se comunicara, pero nada que llamaba. Así empezó la zozobra, la angustia. Yo llamé al CAI donde trabajaba y pregunté: ‘Hágame un favor, ¿la cabo primero Nancy Vargas se encuentra?’, me respondieron que no y me colgaron. Amanecemos esperando la razón”, dice Consuelo, hermana mayor de la suboficial de Policía. Ella también recuerda que ese día su hija, sobrina de Nancy, con tan solo seis años de edad, lloraba con una angustia sobrecogedora y decía: “Mami, mi tía ya no está”.

3 Dispositivo para enviar mensajes en zonas de baja cobertura muy popular en 1990, porque era más económico que los teléfonos celulares. (este es el numeral 3)

Entre tanto, Pilar, la menor de las hermanas, se mantenía en negación. Ella vivía en Bosa, en un barrio que en ese momento apenas se estaba construyendo y donde la cabina telefónica más cercana quedaba a varios minutos de camino. “Yo decía: mi hermana no es, porque ella es de oficina”, recuerda Pilar; sin embargo, un dolor profundo, físico y emocional se le acumuló en el pecho. No soportó la angustia por mucho tiempo y salió a la calle, a eso de las once de la noche, a llamar a la casa de Ana Matilde a que le dieran razón. “En el camino entre la casa y el teléfono más cercano, yo oraba y le pedía a Dios que no fuera Nancy”. La madre, cuando se comunicó con Pilar, le pidió que regresara a la casa; le dijo: “Mija, yo no quiero preocuparme por dos hijas. Vaya para la casa y mañana temprano me llama”.

A eso de la una de la mañana una última llamada dio la estocada final. Se trataba del esposo de Nancy, quien también hacía parte de la Policía. La abuela tomó el teléfono, y del otro lado, una voz también quebrantada por el dolor, le comunicó que la misma mujer de las noticias, sí era su hija. En ese momento Ana Matilde sintió que le arrancaban algo del pecho imposible de recuperar y se deshizo en lágrimas sobre sus nietos en medio de la sala.

Al día siguiente, Pilar madrugó a la cabina, y cuando le escuchó decir a su progenitora al otro lado del teléfono “Sí, sí es la negra”, las dos hablaron a punta de sollozos. Al sepelio de Nancy asistieron amigos, gente que la conocía de niña y muchos que, sin tener idea de quién era, se solidarizaron con su familia por la difusión del hecho en los medios. Lorena, demasiado joven para entender lo que implica la muerte, no lloró en la inhumación, pero esas lágrimas las derramó más tarde, cuando nada ni nadie pudo suplir el vacío que su madre dejó.

De los días anteriores a su muerte quedó tan solo una foto que hoy cuelga en la casa de Lorena y que da cuenta de la felicidad que le producía a Nancy el retorno a su trabajo. El día anterior al atentado, luego de salir del CAI, Nancy fue a visitar a su hermana mayor, Consuelo Vargas, y a



su sobrino de un mes de nacido. “Ella alzó al niño. Él es de mal genio desde chiquito. Nancy comenzó a consentirlo y a darle picos mientras el bebé lloraba. Yo le dije: ‘Venga le tomo una foto con el niño”, relató Consuelo. Ahí, con los ojos felices, vestida aún con el uniforme y el niño en brazos, quedaron plasmadas sus últimas 24 horas de vida.

A mediados de los años noventa, Bogotá era una ciudad efervescente y el miedo corría por las calles haciendo estragos. La época preelectoral, los ataques de las Farc y la amenaza terrorista, los tenía a todos con los ojos muy abiertos. Quien salía a la calle se santiguaba dos veces porque no se sabía dónde iba a estallar un carro bomba o una pipeta de gas. Por aquel entonces, las milicias de las Farc y otros grupos subversivos ya habían perpetrado varios atentados en los municipios de Chuza, Pasca, Guayabetal, Silvania, Choachí y La Calera, en Cundinamarca. Este último es, tal vez, el más recordado porque los frentes 51, 53 y 54 de las Farc atacaron la estación de Policía y destrozaron la plaza principal del pueblo.

Las guerrillas se estaban acercando a la capital y planeaban tomarla desde adentro. En su momento, la Red Urbana Nacional (RUN) de las Farc, dirigida, según algunas publicaciones, por Casimiro Gutiérrez Castro, alias Gregorio, hacía presencia en Bogotá y ya se había enfrentado, meses atrás, con la Policía y el Ejército en las localidades de Ciudad Bolívar, Suba, Usme y Kennedy. Los atentados ocurrían en los principales Comandos de Atención Inmediata (CAI), y en ellos ya habían sido asesinados varios oficiales en servicio.

El día del atentado, según una nota periodística del diario *El Tiempo*, publicada al día siguiente, César Gaviria, entonces presidente de la República, hizo una alocución en la que destacó la labor de las Fuerzas Armadas y le pidió a la ciudadanía que “*no se dejen desorientar por los actos de terrorismo y barbarie de la guerrilla*”. Esa noche, las milicias urbanas respondieron.

El CAI de Lucero Alto fue de los primeros en sospechar el asedio de los subversivos. La unidad solicitó refuerzos, y, dada su proximidad, un grupo de uniformados de la unidad de vigilancia fue enviado al lugar de los hechos. Nancy quiso ir, pero al comienzo se lo negaron. Discutió con sus compañeros porque, según le dijeron, su condición de mujer le restaba fuerza, pero ella se subió a la patrulla ante la impotencia de quienes intentaron impedirselo. Al final la dejaron acompañarlos; en el transcurso hacia Lucero Alto, no dijo nada porque estaba molesta. “*A ella le gustaba*

mucho salir a 'frentear' en los operativos contra la delincuencia", relató para *El Espectador* un compañero de Nancy.

Estando cerca del lugar, atravesaron una calle con el alumbrado suspendido. Allí se oyeron detonaciones en la distancia que hicieron detener el vehículo en el que se trasladaban los uniformados. Ese viernes a las 20:30 horas fue fatídico; los uniformados fueron sorprendidos por varias ráfagas de fusil.

El repiquetear de las balas hizo eco en los corazones de los habitantes del barrio, que se refugiaron lo mejor que pudieron, huyendo de la muerte y la zozobra. El hecho, que en la memoria de quienes lo padecieron resultó interminable, duró solo unos segundos. El conductor de la patrulla logró acelerar hasta llegar a una calle iluminada. Allí descubrieron que Nancy tenía varios impactos de bala y estaba inconsciente. Fue llevada al hospital, pero no pudieron salvarla. Una bala que le había llegado al cuello fue suficiente para apagarle la vida.

De manera póstuma, la suboficial fue ascendida al grado de intendente. Así mismo, un año después de los acontecimientos, fue detenido en Ciudad Bolívar Casimiro Gutiérrez Castro por los atentados ordenados por él en Bogotá. Estuvo en la cárcel hasta que en el año 2001 fue puesto en libertad gracias al intercambio de guerrilleros procesados y militares secuestrados, negociado por el entonces líder de las Farc, 'Manuel Marulanda', y el presidente Andrés Pastrana. En 2007 fue detenido nuevamente en un colegio del sur de Bogotá, donde se hizo famoso como el profe guerrillero, dado que allí utilizó su cargo como docente para incitar a jóvenes y niños a unirse a las filas de las Farc en los Llanos Orientales.

Sin embargo, en 2008, durante una audiencia pública llevada a cabo en el municipio de Arauquita, departamento de Arauca, Germán Enrique Navas Talero, en representación de la Organización Manos por la Paz, solicitó públicamente, y con el respaldo de otras organizaciones de derechos humanos, la liberación condicional de Casimiro Gutiérrez y otros



Fuente: Fotografía suministrada por la familia

dos excombatientes “ya desmovilizados o en proceso de desmovilización, quienes, a pesar de sus múltiples dificultades y amenazas por parte de sus antiguos jefes, han quedado firmes en su posición de la paz en Colombia”. De esta manera quedó, para él, cerrado el episodio; mientras la familia Vargas Ramos, dejó un vacío irreparable.

96

Cuando Nancy fue arrancada del lecho familiar, quedó Lorena ocupando ese sitio. La abuela se hizo cargo de ella y la tomó para sí como una hija, como si la vida le entregara, de pronto, otra Nancy pequeña a la que debía formar con mucha más cautela que a la primera.

De ese modo, para suplir el sufrimiento de la niña y salvaguardarla de todo mal, los abuelos Vargas Ramos se nombraron a sí mismos como sus padres y le enseñaron a tratarlos como tal administrando la pensión de la madre, la abuela Ana Matilde se hizo cargo de que a la niña no le faltara

nada. Los años que precedieron, aunque hubo calor de hogar, estuvieron siempre ennegrecidos por la ausencia de Nancy, que ni Lorena, siendo hija, ni Ana Matilde, siendo madre, pudieron suplir.

“Pasan los años y sigue haciendo falta, como hija y como mamá de Lorena. Eso no es fácil. Le dicen a uno que eso con el tiempo va pasando. No. Con el tiempo no pasa nada. Uno espera que los hijos lo entierren a uno, no que uno tenga que enterrarlos a ellos”, dice Ana Matilde con la voz entrecortada.

La familia aún vive con miedos profundos, sembrados desde entonces en su interior. De niña, Lorena tuvo que soportar la sobreprotección de una abuela que no estaba dispuesta a perder a nadie más. *“Lorena, para mí lo es todo. Las cosas fueron así por el mismo miedo que yo sentía de la guerrilla. Yo pensaba: ellos están en todo lado y, seguramente, sabían que ella (Nancy) tenía dos hijos”, dice Ana Matilde.*

“Yo tuve que asimilar que mi mamá ya no estaba, que no crecí con mi papá porque de niña no lo conocí. A duras penas sabía que era militar y hasta ahí. Y por el otro lado, crecer con ese miedo infundido por mi abuela”, dice Lorena.

La suerte de Diego, su hermano, fue distinta porque, su padre también policía, se lo llevó con su familia, y los dos hermanos dejaron de verse por varios años. Hoy conversan cada tanto, pero su relación no ha podido restaurarse.

Para las hermanas de Nancy también fue difícil asumir que la unión familiar se derribó. *“El dolor no se va, se queda dormido, y cuando despierta, duele el doble”, dice Consuelo.* El luto y la impotencia que llegaron a la familia cubrieron con un velo oscuro la fraternidad y en ocasiones el dolor. Como todo aquello que se reprime, estallaba disfrazado de rabia, de amargura y de rencor. De manera que Lorena creció yendo y viniendo

entre la memoria de su madre y los momentos de su nueva condición de nieta e hija.

“Cuando yo cumplí once años, todavía usaba vestidos que mi mamá me había comprado”, recuerda Lorena. En medio de todos los objetos que pudieron quedar para ella, la pequeña niña, hoy madre de dos hijos, siempre guardó una falda, hecha a mano de una bata verde, que Nancy cosió para ella dos meses antes de su fallecimiento.

“Yo me acuerdo que ese día mi mamá nos dejó solos a Diego y a mí porque salió a comprar un hilo caucho para mi falda. Yo quería alzar al niño, entonces ella me dijo: ‘No lo alces, porque se cae y se pega. Te quedas aquí quieta y voy y te traigo algo’. Yo me quedé sentada porque sabía que ella iba a darme algo. Ella volvió, terminó la falda, y esta es la hora en que todavía la tengo”.

Los objetos de Nancy se dispersaron entre sus familiares cercanos, como si cada uno quisiera tomar un trozo de su memoria. Consuelo guarda, por ejemplo, fotografías de su hermana, videos caseros y juguetes de la infancia. Sin embargo, hay algo que atesora particularmente. Se trata de la figura de un búho, el animal favorito de Nancy, que cabe en una mano y que hace parte de un regalo obsequiado por ella a la uniformada el 4 de septiembre de 1990. Tiene inscrito en la parte trasera lo siguiente:

Nancy, hoy ha florecido una nueva rosa en el jardín de tu existencia. Mis deseos más sinceros porque ese jardín siempre conserve su belleza y lozanía; riégalo con amor y dulzura. Son los deseos sinceros de Consuelo.

Por su parte, Pilar cuenta que tiene una colección de las notas periodísticas de los días póstumos al fallecimiento de Nancy.

“Yo tengo un álbum donde están los recortes de periódico donde nombran a mi hermana, y hay, aproximadamente, doce fotos donde estamos juntas. A mis nietos siempre se los muestro y les digo ‘Ella es tu tía Nancy’. Yo a ellos les he contado que ella fue importante y que fue muy valiente. Por eso los niños de la familia ya saben quién es, y entonces dicen, como si la hubieran conocido: ¡Ella es mi tía Nancy!”.



Fuente: Fotografía suministrada por la familia



Fuente: Fotografía tomada por Karen Forero.

Por: Karen Forero

DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

“Por encima de todo, sé la heroína de tu vida, no la víctima.”

Nora Ephron. Guionista y directora de cine estadounidense

Era un día más en la batalla interna contra la timidez. Junto con sus padres y familiares, Catherine Serrato Castillo, luchaba siempre para salir a la calle, ir a la escuela o hacer algún mandado. Las manos le temblaban cada vez que alguien, ajeno a su círculo social, se le acercaba. Sus ojos apuntaban al suelo cada vez que una persona le dirigía la palabra. Su mente se perdía por completo producto de los nervios. Su hogar, en la periferia de Bogotá, en la localidad de Ciudad Bolívar, era el lugar más seguro, al menos el que le transmitía más tranquilidad. Esa era su rutina, aunque sabía que sus problemas para integrarse en la sociedad no le ofrecían dificultades para seguir su vida. Todo cambiaría después producto de una llamada, el 23 de octubre de 2006.

“No fue con la intención y el sueño de ser policía, como todos dicen. A mí no me picó el bicho que tiene todo niño de ser algún día policía. No fue mi caso. Yo ingresé a la Institución con otra finalidad: era una cuestión de superación personal”. Todavía las manos le tiemblan. Los ojos aún se pierden en el cruce de miradas, aunque ahora lucha por mantenerlos intactos durante una conversación. Su voz logró un tono más seguro y las palabras fluyen como si fueran agua.

Cualquiera que hable con ella diría que no es la pequeña tímida de hace algunos años. Su padre aún recuerda en detalle cómo fue toda la experiencia de su ingreso a la Policía. Lo describe como un proceso “*inesperado y estresante*”. La idea, originalmente de él, era que ella adquiriera algo de experiencia en el campo social, pues ya no sabían qué hacer con su dificultad para relacionarse. La finalidad, según cuentan, era que ella lograra defenderse sola mientras cumplía y reunía todos los requisitos. Su padre la acompañó, de puerta en puerta, durante todo este proceso.

Así transcurrieron los días. Finalmente, la Policía Nacional publicó el listado de mujeres que habían logrado superar todas las pruebas. Por desgracia, su nombre no estaba en esa lista. Así y todo, su padre se sentía orgulloso, pues creía que la timidez era cosa del pasado. Por el contrario, en la mente de ella había algo de desilusión, pues en el fondo quería cumplir con esa meta.

Todo no volvería a la normalidad luego de una semana después. Algo había cambiado en ella. No sabe si fueron esos días de ir y venir, de vueltas y más vueltas, de charlas y papeles, pero esta vez se sentía diferente. La valentía había echado raíces en su espíritu. Su proceso de incorporación le había regalado otra manera de enfrentarse a sus problemas.

Eran las cinco de la tarde, y como una anomalía de la rutina programada, sonó el teléfono en su casa. Era un número desconocido. Ella contestó con algo de dudas. Se sorprendió cuando la voz en el teléfono le dijo que debía presentarse muy temprano en la Seccional de Incorporación. No sabía muy bien de qué se trataba, ella creía que todo hacía parte de un



Fuente: Fotografía suministrada por Catherine Serrato Castillo.

procedimiento que consistía en la devolución de la carpeta con todos sus documentos.

Al día siguiente se levantó con algo de dudas y se dirigió a la Seccional de Incorporación, que queda sobre la carrera 30, en el barrio El Campín. Esta vez iba sola, ya se sentía capaz de hacerlo. Quienes la atendieron se limitaron a entregarle un papel en el que había una serie de requerimientos detallados. Los leyó, pero no entendía nada. La intendente que la recibió la vio algo desubicada, así que, inmediatamente, se acercó a ella y le dijo que debía hacer: estar a las dos de la tarde en la Escuela de Policía Provincia de Sumapaz. En ese momento la felicidad se apoderó de ella, había pasado a la Policía y no entendía bien cómo se había hecho realidad. El papel también le explicaba que debía llegar allí con algunos implementos de aseo, el uniforme que usaría y unos exámenes físicos para comprobar si era apta para el ingreso. Ya se sentía adentro.

Tomó su teléfono, llamó a su casa y contó la buena noticia. Víctor Serrato, su padre, le dijo que ella no estaba obligada a ir y que su proceso ya había terminado. Ella le refutó y le confesó que durante el proceso de incorporación descubrió que le gustaba la idea de ser policía, que se sentía capaz de sacar ese objetivo adelante, así que todo estaba consumado. Al día siguiente iba camino a Fusagasugá, Cundinamarca.

Don Víctor tuvo que pedirle prestado a uno de sus amigos su vehículo para llevar a su hija hasta la escuela, pues ese día su carro tenía pico y placa; y con su hija y su maleta, emprendió el viaje al municipio de Fusagasugá, en donde la entregaría para recibir de vuelta a una policía.

Fue un largo proceso el que pasó durante su estadía en la escuela. Recuerda que cada día representaba una batalla; los entrenamientos eran duros y requerían lo máximo de su capacidad física y mental; lo único en que lograba pensar en ese momento era en que todos sus esfuerzos, en determinado tiempo, darían fruto, pero lo más importante fue el gusto que logró adquirir por su profesión. Desde su ingreso a la escuela descubrió que esa era su vocación y se demostró a sí misma que era capaz de todo, porque la Policía, como Institución, le enseñó a sentirse capaz.

Así fue como llegó el 14 de agosto de 2007, cuando le dieron de alta y le otorgaron el grado de patrullera. Estaba recibiendo la recompensa de todo un año de trabajo; producto de ello es asignada a la ciudad de Cartagena, en donde inició su carrera policial. Duró un tiempo en esa ciudad, lo describe como una buena experiencia; adaptarse al clima fue lo que más le costó, pero finalmente logró acoplarse. Sin embargo, por decisión de sus superiores, regresó a Bogotá, en donde se planteaba nuevos propósitos en el ejercicio de su profesión; así, llegó a la Dirección General, el lugar desde donde se direccionan las acciones en cumplimiento a la política del Gobierno relacionado con las funciones constitucionales y legales de la Policía Nacional.

Posteriormente fue enviada a la Fuerza Disponible de la Policía Metropolitana de Bogotá, un cambio drástico para esta mujer. Este cargo significaba un nuevo reto en términos de la ejecución de sus funciones, rodeada de nuevos compañeros. Mientras estuvo allí recuerda que le llenaba de felicidad usar casco y escudo. Las experiencias durante su paso por esa unidad fueron realmente gratificantes. Luego fue trasladada al Comando de la Policía Metropolitana de Bogotá, llegando a laborar en la Oficina de Atención al Ciudadano donde duró aproximadamente año y medio, y finalmente la asignaron a la Estación de Policía Los Mártires, en el año 2017.

Durante los primeros días realizaba labores de vigilancia por toda la zona; además de ser un deber, lo hacía para conocer bien el espacio en donde trabajaría hasta un nuevo traslado, así que tomó la iniciativa y conoció cada rincón del sector que abarcaba la atención de su estación. Afirma que todo buen patrullero debe conocer de todo un poquito; además, recalca el peso y el significado que representa el uniforme en todo tipo de lugares: “Tú eres policía desde que te levantas hasta que te acuestas, mientras almuerzas, mientras cenas”.

Para el año 2017, Colombia se encontraba en un período de reconciliación. Las promesas del gobierno de turno giraban en torno a la paz, la equidad y la educación. Juan Manuel Santos Calderón, el entonces presidente y premio nobel de paz, logró entablar unos diálogos que, con posterioridad, terminaron representados en el Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, pactado y firmado por integrantes del grupo guerrillero de las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y el Estado colombiano. Proceso que para dicho año se encontraba en implementación.

Dando cumplimiento a las propuestas planteadas por el Gobierno, ese mismo año se inició un proceso de diálogo con el Ejército de Liberación Nacional (ELN). La mesa de conversaciones se instaló en la ciudad de Quito, Ecuador, el 7 de enero. Estas charlas se iniciaron con la liberación

del excongresista Odín Sánchez Montes de Oca. Sin embargo, este hecho no significó un cese bilateral al fuego; los atentados continuaron. Uno de ellos tuvo lugar el 19 de febrero del mismo año en el barrio La Macarena de Bogotá, cerca de la plaza de toros de La Santamaría.

Por otra parte, el panorama en la ciudad planteaba coyunturas de todo tipo. En enero del año ya mencionado se dio inicio a la primera temporada taurina del año, lo que representó para algunos ciudadanos inconformidades que decidieron manifestar en las calles, fundamentados en la protección animal. El 23 de enero tuvo lugar la primera corrida, que terminó en enfrentamientos con la Fuerza Pública. La última correspondía al domingo 19 del mes siguiente, motivo por el que se requería la presencia de la Policía para evitar la perturbación del orden público.

El acompañamiento de los policiales se basó en anillos de seguridad en la zona, por esta razón varios integrantes de la estación de Los Mártires, cubrieron dicho servicio. Dentro de este grupo se encontraba la patrullera, quien estaba dispuesta a participar, sin saber qué le esperaba, pues ese día un grupo guerrillero del ELN tenía un mensaje para la mesa de diálogo en Quito.

Esa madrugada del 19 de febrero iba todo como de costumbre, se dio la ducha de rutina y procedió a vestirse. El número cuatro, o el uniforme de diario, era el que correspondía para el servicio. Se sentó sobre la cama para ponerse las botas y ajustar las agujetas; se puso nuevamente de pie y frente al espejo ajustó cada detalle, el lugar de la insignia, el cuello del uniforme, la guerrera y nuevamente las botas. Era como revisarse de pies a cabeza.

Las órdenes de servicio que se expidieron desde la Estación de Policía de Los Mártires fueron con nombre propio, es decir, contenían el nombre de cada patrullero. No estaba asignada a ningún filtro, así que su presencia podía ser requerida en cualquier punto de los diferentes filtros de ingreso o anillos de seguridad. Las actividades por realizar eran de registro y de bloqueo.

A la patrullera le asignaron un punto de filtro principal sobre la carrera 5ª, cerca de la plaza. Junto con ella se encontraba un teniente asignado con anterioridad, quien luego se encargó de pasar “revista”. Eran las nueve de la mañana, los grupos asignados llevaban media hora en servicio. Según la asignación, ella decidió hacer parte del primer grupo, pues deseaba alimentarse a la mayor prontitud ya que estaba en ayunas. Terminó la asignación y se dispusieron, junto con el grupo de turno, a movilizarse para llegar a desayunar a la plaza de mercado La Macarena.

Durante su paso por el lugar recuerda que se encontró con varios de sus compañeros, muchos de ellos conocidos, así que se dispuso a desayunar y luego se despidió para regresar al punto ordenado; recuerda que entró a una tienda y luego procedió a relevar a una de sus compañeras, así que se quedaron en el lugar asignado junto con el teniente. Durante el servicio se acercó un vehículo, el cual procedieron a registrar. El teniente y la patrullera realizaban los procedimientos correspondientes, finalmente solicitaron abrir el baúl; mientras los dos se acercaban, sonó un estallido muy fuerte que le hizo perder por completo la capacidad auditiva a la patrullera. El entorno se puso gris, el humo lo cubrió todo. Cuando la escena queda libre de humo, se ve un panorama desalentador. “Era un momento de confusión, no escuchaba, había mucho caos; el teniente sangraba”.



Fuente: <https://www.semana.com/nacion/articulo/detona-petardo-en-el-barrio-la-macarena-de-bogota/516091/>

Fue la primera reacción que ella tuvo tras el siniestro. El teniente le hacía señas para que se retirara, pero ella, sorprendida y algo paralizada, no lograba moverse. En medio de la eventualidad, una capitán gritaba desesperadamente, su capacidad auditiva era nula, así que no pudo entender nada de lo que le decía. Trató de acercarse y decirle que se calmara, que solo era una detonación y que todos estarían bien, lo que jamás sucedió.

La patrullera asegura que, tras el hecho, intentó caminar, pero le fue imposible, pues minutos después empezó a sentir vértigo, así que tuvo que detenerse en un restaurante, se encontraba desconcertada. En estado de shock afirmó: "Un coronel llegó y me recogió, me llevaron hasta el hospital". El lugar estaba repleto, pues todas las víctimas del atentado se encontraban allí, había colapsado. Sin embargo, luego de controlar la emergencia fue atendida. Horas más tarde llegó su hermana al hospital, pues fue informada por colegas sobre el estado de salud de Catherin.

Al otro lado de la ciudad, sus padres recibieron las noticias por televisión. En un reporte de último minuto se enterarían de la suerte de su hija. La preocupación era infinita; en ese momento, don Víctor, la señora Beatriz y la pequeña Nathaly, su hermana menor, solo pedían que estuviera bien y que sus heridas no fueran de gravedad, que regresara nuevamente a casa, donde le esperaban con un café caliente.

Las horas transcurrían y su hermana mayor mantuvo al tanto de la situación a sus padres. Una mujer se acercó al hospital afirmando que era su mamá; no le permitieron el ingreso, pues su hermana ya se encontraba con ella y a su vez se tenían noticias de que la señora Beatriz se encontraba en su casa; no era posible que estuviera allí. La hermana decidió hacer el reconocimiento de aquella persona; cuando llegó a la entrada del hospital para corroborar la información, la mujer que intentaba ingresar al hospital había desaparecido, lo cual fue reportado a las autoridades. La identidad de esa mujer aún es incierta. Horas más tarde fue dada de alta, y después

de un largo y nada memorable día, regresó a su hogar en compañía de su hermana.

Los días posteriores al atentado, según cuentan sus padres, fueron de encierro total. No hablaba con nadie, pasaba todos los días encerrada en su cuarto y únicamente se limitaba a comer cuando así lo deseaba. Sin duda, un retroceso en todo el proceso por el que había pasado. Las lágrimas eran frecuentes mientras rememoraba lo sucedido. Catherin cuenta que lo más importante, y quienes más le ayudaron durante esos días, fueron sus familiares, quienes la apoyaron durante todo el proceso de recuperación.

Una de las secuelas que le dejó el atentado fue la sensibilidad que le producen ciertos sonidos como los truenos, la pólvora y los de algunos vehículos que circulan por las calles, razón por la cual debía asistir con frecuencia al médico. Durante un tiempo tomó medicamentos para conciliar el sueño. Los médicos le recomendaron no ver ni leer noticias, pues era nocivo para su salud; además, le sugirieron hacer memoria sobre la historia, pues el contarla le ayudaría a superarla. Con el paso de los meses, un psiquiatra determinó que la patrullera no podría volver a usar el uniforme ni armas de dotación, y mucho menos, hacer turnos nocturnos producto de su condición, lo que representó, una situación muy difícil en su vida y su vocación.

La joven patrullera fue reasignada y decidieron ubicarla en el sector administrativo de la estación. Esto indicó un nuevo inicio, pero no olvidaba quién era, así que decidió empezar de nuevo y con toda la disposición. El intendente Octavio Beltrán, quien comparte con ella la mayor parte del tiempo laborable, ha dicho que *“es una mujer activa que le gusta aprender, le gusta hacer su trabajo bien, muy sensible, tierna e inocente”*. Recuerda que el día de su ingreso llegó con toda la disposición de aprender y de aplicar su conocimiento y amor por la Institución.

El intendente se ha convertido en su colega más cercano en términos laborales; además, ha representado un gran apoyo en los aspectos emocionales y de tratamiento de las crisis que eventualmente le ocurrían, pues él también fue víctima del conflicto. Pasó por algo similar en el departamento del Vichada hace más de 20 años. Al igual que Catherine, fue retirado de las funciones de vigilancia y eximido del uso del uniforme; sin embargo, tiempo después, lo recuperó. Estas vivencias permitieron que la amistad existente entre los dos se convirtiera en un apoyo, pues él comprendía a la perfección cómo se sentía ella.

Durante su paso por las labores administrativas, conoció a Cristian Rodríguez, su pareja sentimental y quien ha representado una ayuda significativa en su proceso de superación. Él la define como una mujer sencilla, cariñosa, además de solidaria. Se apoyan en todos los campos, sentimentales, laborales y de superación personal. Producto de esta etapa, ella decidió presentarse a un proceso de ascenso en el año 2019 a fin de asumir nuevos retos y adquirir más conocimientos, esta vez en compañía de su pareja, quien la motiva y la apoya en sus labores de estudio.

Las funciones administrativas le han dado la posibilidad de conocer más sobre la Institución y su funcionamiento. Igualmente, le han permitido mantener contacto con quienes interactuaba a diario desde su labor de vigilancia. Ahora les ayuda recibiendo cada día sus denuncias y apoyándolos en lo que sea necesario, y en la medida en que sus funciones se lo permitan. Expresa que las experiencias en su puesto de trabajo le hacen valorar la Institución y entender la importancia que tiene la Policía para el país. Por esa razón, entrega todo de ella en esa estación, segura de que su valor siempre estará cuando alguien lo necesite.



Fuente: Fotografía suministrada por Catherine Serrato Castillo.



Fuente: Fotografía suministrada por Karen Zapata González.

Por: Karen Zapata González

ENTRE ALTAS Y BAJAS, ASÍ ES MI VIDA EN LA POLICÍA



"Por encima del talento están los valores comunes: disciplina, amor, buena suerte, pero sobre todo tenacidad."

James Baldwin. Escritor y activista por los derechos civiles afroestadounidense.

En diciembre de 2013 fue destinada a trabajar en el Comando del Departamento de Policía Arauca, adscrita al Modelo Nacional de Vigilancia Comunitaria por Cuadrantes. Este modelo es una metodología de trabajo del servicio de Policía orientada a la identificación y solución de las problemáticas y manifestaciones de violencia y criminalidad que atentan contra la convivencia y seguridad ciudadana en los contextos urbano y rural.

"Vivía en el comando del departamento, compartía alojamiento con mi compañera Jénifer Zulay Nieves Lizarazo. Me levantaba a las 5:30 a. m. para organizarme. Portaba mi uniforme verde aceituna, unas botas y un chaleco antibalas. Lo más complicado era peinarme; estando en la

escuela, nos cortaban el cabello al estilo de los hombres, por lo cual era difícil recogerse una moña.

A las 6:30 a. m. formaba en la estación de Policía con 25 compañeros más que hacíamos parte de la vigilancia, recibíamos instrucciones y salíamos a patrullar por las calles del municipio. Yo salía con mi compañero, el patrullero Luis Carlos Vargas Roza. Atendíamos los requerimientos de Policía enviados por la central de radio.

Llevaban una buena relación con su compañera de alojamiento, casi como unas hermanas y, a pesar de la distancia, lo seguían siendo”.

Estar uniformada para ella es un orgullo, pero acostumbrarse a portarlo en un calor como el de Arauca fue complejo. Estar todo el día en una motocicleta patrullando, aguantando sol, recibiendo la lluvia, fueron cosas que le costaron al principio, pero se sentía bien porque su sueño era ser policía.

Su nombre es Aura María Santos Rivero, nació el 8 de febrero de 1993 en el municipio de Páramo, Santander. La mayor parte del territorio de ese municipio tiene uso agropecuario, y, prácticamente, las zonas boscosas no existen en el municipio; solamente sombríos de café y bosques de galería.

Su madre, Martha Rivero, y su padre, Paulino Santos, siempre se han distinguido por ser unas personas emprendedoras; lograron, con sus conocimientos en el campo, sacar adelante un gran proyecto de vida: un viñedo. De ahí provienen sus ingresos. A pesar de algunas dificultades, a su hermano, Pablo, y a ella los han podido sacar adelante. “*Le gustaba acompañarme al campo después de la escuela y el colegio; siempre tuvo el sueño de ser policía o pertenecer al Ejército*”, dice su padre, recordando aquellos tiempos en los que ella vivía en su casa. Ahora todo es diferente.

Cuando era niña realizó sus estudios en la escuela rural, que quedaba en la vereda Palmarito del municipio donde nació. Se destacó como una buena niña y una excelente estudiante. Una de las etapas de su vida más bonitas fue la niñez con su hermano Pablo. Desde muy niños han sido unidos, y



recuerda que disfrutaban jugar con sus mascotas. “*Me cuidaba y me hacía sentir el afecto que nos tenemos*”, dice su hermano mientras recuerda cómo jugaban en los cafetales.

Fueron criados en el campo, en una hermosa finca llamada El Diamante, donde vivieron grandes experiencias que nunca olvidarían. Sus padres siempre les han enseñado a valorar las cosas y, aún más, la naturaleza, puesto que de allí viene el trabajo que han realizado.

Otra gran etapa de su vida fueron sus estudios en el Colegio Nuestra Señora de la Salud, una institución religiosa en donde le enseñaron una gran filosofía de vida, mostrándole que vive en una democracia que exige compromisos conjuntos y consolidados a la familia, a la sociedad y al Estado. Aura recuerda que se destacó por ser buena estudiante, ocupaba los primeros puestos en el curso, hizo grandes amistades y hasta el día de hoy conserva algunas de ellas.



Su madre suele recordar aquellas experiencias que vivieron su hermano y ella, y muchas veces hace alusión a cómo era Aura en aquellos tiempos donde disfrutaba ir al colegio: *“Siempre fue muy calmada y obediente, buena estudiante, nunca perdió ninguna materia y siempre ocupaba los primeros lugares, y desde que era niña, soñaba con pertenecer a las Fuerzas Armadas de Colombia”*, lo dice con una gran sonrisa.

Después de culminar sus estudios de bachillerato, decidió iniciar en el centro Corporosalud. Su pasión siempre ha sido estar al servicio de las personas, y por eso estuvo dispuesta a estudiar enfermería, donde aplico sus conocimientos para la comunidad, dando lo mejor de sí para servir y ayudar a los que lo necesitan. Esta ha sido su gran motivación, ya que se siente más que satisfecha por poder aportar un granito de arena para y por ellos.

“Aura nos manifestó que quería ingresar a la Policía Nacional, y desde un inicio la apoyamos en ese camino. Nos sentíamos muy orgullosos de nuestra hija; siempre supimos que estaba destinada a grandes cosas”, lo mencionan sus padres.

A su vida llegó una noticia increíble y fue su ingreso a la Institución el 14 de enero de 2013. Empezó realizando el curso de patrullera en la Escuela de Policía Carlos Eugenio Restrepo (ESCER), que está ubicada en el municipio de La Estrella, Antioquia. El inicio del curso fue difícil, ya que tuvo que alejarse de sus padres y de su hermano, acostumbrarse a un cambio total en su vida, a cambiar unas zapatillas por unas botas. Tuvo que sacrificar el sueño de cuidar a los demás, en especial al no compartir fechas importantes con su familia, todo esto por un motivo que la hace muy feliz, salvaguardar la vida de los de su comunidad.

Se graduó como patrullera el 14 de diciembre de 2013 y fue enviada para iniciar sus labores en Arauca.

“Cuando Aura recién salió de la escuela fue enviada a San Andrés; ella estaba muy contenta, pues nunca había conocido el mar, estaba a la expectativa de saber a dónde sería el siguiente trasladado. Cuando le informaron que sería enviada a Arauca, ella quedó muy desconcertada y pensativa”, recuerda su hermano.

Para ella no fue fácil, ya que siempre se ha escuchado que Arauca es zona roja y constantemente permanece con un alto conflicto social, político y armado. Muchos atentados los han perpetrado los grupos armados ilegales que se tomaron varios municipios de la ciudad; algunos de sus compañeros han salido heridos y su vida también ha estado en riesgo.

La mayor satisfacción que se puede alcanzar es brindar un apoyo a los demás sin esperar nada a cambio, que se pueda llegar a lugares más lejanos con una mano amiga, donde el ciudadano no vea a los policías como una autoridad, sino como un amigo, ya que detrás de cada uniforme verde aceituna hay hermanos, padres, o esposos.

Aunque todos se vean fuertes y serios, tienen un gran corazón, les afectan las injusticias que ocurren en el diario vivir, y más en esta zona del país; los policías viven cada día como si fuera el último. *“Aura es una funcionaria muy responsable, diligente y eficiente; nunca ha sido objeto de llamado de atención por sus funciones del cargo ya que los desempeña a cabalidad”,* expresa la patrullera Leisy, quien también es una de sus buenas amigas.

Aura menciona que está muy contenta en la Institución, ya que puede ofrecer un servicio a la comunidad, poner un granito de arena en aras de mejorar la convivencia y seguridad ciudadana, proteger a la sociedad, salvaguardar la vida de los demás. La labor de ella, le permite el acercamiento y confianza de la comunidad; como mujer, transmite seguridad, fortaleciendo los lazos de amistad para que el ciudadano los vea como amigos y como un apoyo incondicional que, a pesar de las adversidades, estando siempre lista para servir. Le gusta que puede ser un ejemplo para otras mujeres mostrando

el liderazgo, entereza, fortaleza y calidad humana que posee para afrontar lo que se presenta a diario.

Ser policía significa sacrificar algunas cosas de su vida, como no poder ver crecer a sus hijos, no poder compartir todos los triunfos, no pasar fechas especiales con sus familias. A diario arriesgan su vida por cuidar la de otros, y muchas veces, como policías, no son valorados, no se es reconocida su labor; hacen muchos sacrificios, pero así es el amor que ellos sienten por su profesión. Con tal de mantener a una comunidad tranquila y feliz, todo vale.

La Policía le ha enseñado a conocerse, a ser persona, y gracias a su trabajo, ha tenido experiencias buenas: hace algún tiempo obtuvo un reconocimiento a su trabajo por parte de la Alcaldía municipal al entregarle la condecoración Medalla Ciudad de Arauca como mérito a la labor que realizan las mujeres y hombres en el departamento, donde, a pesar de las dificultades por la complejidad del orden público, entregan lo mejor de sí mismos por mejorar la seguridad. Este reconocimiento fue gratificante al exaltar el trabajo realizado.

Las mejores experiencias han sido lograr sacar una sonrisa a un niño, el abrazo de un abuelo; a pesar de un uniforme que refleja autoridad, se dan cuenta de que detrás hay una mujer con calidad humana. Cada persona le recuerda a su familia.

En su vida han pasado muchas cosas buenas, pero otras no tanto. Recuerda ese 21 de marzo de 2014 como si hubiese sido ayer. Se despertó a las 5:30 a. m. para organizarse, ponerse el uniforme, arreglarse el cabello y ponerse las botas. A las 6:30 a. m. salió a formar con sus otros compañeros; así transcurrió esa mañana. Siendo aproximadamente las 9:00, cuando cumplía su turno de vigilancia en la estación de Policía Arauca, se dirigió con algunos compañeros a una diligencia de levantamiento de un cadáver por funcionarios de la Fiscalía. En el momento en el que iba a llegar al lugar, se sintió una fuerte explosión, lo cual generó que esa onda explosiva la arrojara a un lado de la vía junto con su compañero, pues se trasladaban en una motocicleta.



Fuente: Fotografía suministrada por Aura María Santos Rívero

“Nos desplazamos por una invasión hacia el puente internacional que comunica a Venezuela con Arauca. El mayor que estaba al mando nos indicó que teníamos que seguir en las motocicletas; adelante iba una motorizada de la Dirección de Inteligencia Policial (DIPOL); enseguida, detrás de ellos, iba un carro tipo ambulancia de la Fiscalía; al lado íbamos nosotros, yo manejando y la patrullera Aura iba de copiloto. Íbamos al lado derecho de la ambulancia, que tenía los vidrios blindados. De un momento a otro, la explosión ocurrió. En ese instante los vidrios de la ambulancia se alcanzaron a cuartear, quedaron aturcidos todos los integrantes que iban dentro del carro. La motocicleta se levantó, la patrullera Aura salió a volar, yo caí encima de la moto y quedamos aturcidos. En un momento traté de levantarme y rescatar a mi compañera, tomarla del chaleco y arrastrarla hacia la orilla. Los compañeros que venían detrás de nosotros decidieron parar y tratar de ayudarnos ya que estaban disparando”, relata el patrullero Luis Carlos Vargas, quien la acompañaba ese día.

Por un momento sintió mucha confusión por el impactante estruendo y un fuerte dolor en los oídos. Cuando pasó la confusión, se pudo establecer que había sido un explosivo instalado en la vía. Gracias a Dios todos estaban bien, terminaron la diligencia de acompañamiento y fueron trasladados al hospital para revisión médica. A raíz de esa explosión sufrió una pérdida auditiva, la cual, a cierta distancia, le dificulta escuchar con claridad.

120

Fue una experiencia muy difícil. Por un momento pasó toda su vida frente a sus ojos; pensó que sería su último día, y cada día le agradece a Dios por salir con vida y sana de ese hecho y tomar esto como una nueva oportunidad para seguir haciendo las cosas bien.

“Aura nos llamó en horas de la tarde a contarnos que había sufrido un atentado; quedamos en shock, no creíamos lo que había pasado, pues solo llevaba 13 días de haber llegado a Arauca. Estábamos

desconcertados y agradecidos porque no había pasado a mayores”, cuentan sus padres.

Fue víctima del conflicto armado, como muchos de sus compañeros y como muchas personas de Arauca. Al ingresar a la Institución estaba con las mejores condiciones de salud, y a raíz de ese atentado, su vida cambió. Quedo con una secuela de trauma auditivo, también con un problema en la mandíbula. Su salud se ha visto afectada, aún tiene malestares, dolor de cabeza y mareos que le han quedado; ha sido algo a lo que se ha tenido que acostumbrar por estos años.

“Aura es una persona muy fuerte. Gracias a Dios, ese fue un evento que ha sabido sobrellevar y superar, a pesar de las secuelas. Ella es muy consciente de los riesgos que se asumen al pertenecer a la Policía; es muy orgullosa del uniforme que porta”, comenta Leisy Muñoz, patrullera amiga.

Posterior al hecho, sintió mucho miedo de que se fuera a repetir ese impactante momento, que el resultado fuese diferente. Por un momento llegó a pensar en retirarse; arriesgo su vida en el cumplimiento de su deber como policía. Sus padres se preocuparon muchísimo, pero le brindaron ese apoyo que la impulsó a seguir adelante con su sueño, ser el orgullo de ellos.

“Al permanecer tanto tiempo por fuera de casa y compartir todo el día con alguien, hace que nuestros compañeros se conviertan en familia, pues normalmente son con quienes pasamos la mayor parte de nuestras vidas. Que suceda este tipo de cosas afecta mucho ya que, desgraciadamente, no todos cuentan con la suerte de Aura. La mayoría de ellos no vuelven a sus casas”, dice su amiga Leisy. Ellos han sido un gran apoyo para ella; agradece cada cosa que le pasa y cada persona que llega a su vida.



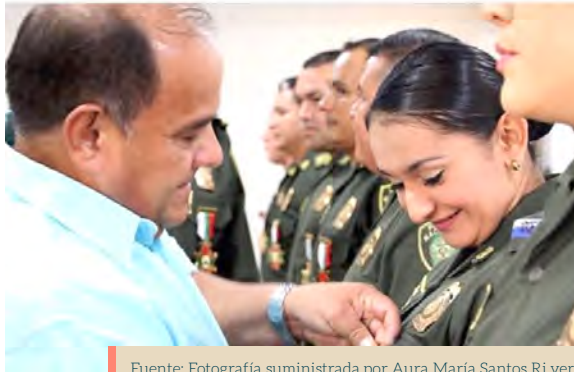
Alcaldía de Arauca agregó 10 fotos nuevas.

44 min · 🌐

#EnAraucaCreemosYPodemos

Distinción Especial Medalla Ciudad de Arauca a hombres y mujeres del Departamento de Policía Arauca

Una de las distinciones especiales fue entregada al Mayor General, Gustavo Moreno, Comanda... [Ver más](#)



Fuente: Fotografía suministrada por Aura María Santos Ri vero

Sus papás siempre han estado muy pendientes, la han apoyado en cada uno de sus proyectos y han sido su motivación para lograr cada uno de sus objetivos, a pesar de la distancia, el riesgo y la complejidad de orden público que presenta el departamento de Arauca. Ellos le brindan su amor y apoyo en cada una de las dificultades y días grises, le transmiten energía para afrontar cada día y dar lo mejor de sí misma en mi trabajo.

“Llegamos a pensar, en ese entonces, que era muy riesgoso, y más en la zona donde está. Aunque había sufrido un atentado, sabíamos que no era culpa de la Institución y que ella estaba cumpliendo su deber. La Policía Nacional, más que un trabajo, es una vocación y gracias a ellos podemos estar un poco más seguros y tranquilos como ciudadanos”, suelen decir sus papás cada vez que les preguntan sobre el acontecimiento que vivió.

Lleva siete años en la Policía Nacional y es muy feliz, puesto que ha podido realizar todos los sueños que tenía desde hace algunos años antes de entrar; claramente, aún le hacen falta muchas experiencias, pero hasta el momento ha sido muy gratificante todo. Le gustaría que en algún momento la paz se hiciera verdadera, que se acabaran las bandas delincuenciales, y, más que todo, los grupos armados. Quiere que Arauca pueda vivir en paz.

La Policía Nacional también les ofrece una estabilidad económica con la cual pueden cubrir sus necesidades y tener una calidad de vida para su núcleo familiar; servicios de salud y un régimen pensional por tiempo de servicio, convenios con universidades, en fin, pertenecer a esta maravillosa Institución les abre muchas puertas.

La reconstrucción de la memoria histórica es un gesto muy significativo y valioso para los héroes y heroínas de nuestro país que han ofrendado hasta su vida en el ejercicio de su deber. Héroes que han dejado su legado haciendo sentir a sus familias que no los hemos olvidado, que reconocemos su valentía y entereza. Así mismo, reconocer y acompañar a los miembros de Fuerza Pública y familiares que, de una u otra manera, han sido víctimas en el conflicto armado, atravesando por tropiezos en el ejercicio de su labor como policía.

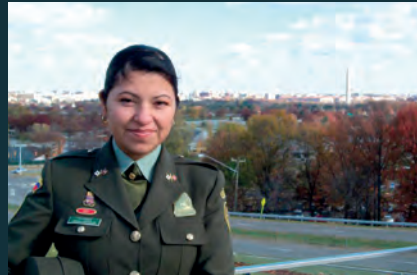
“Queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo, no convertir en realidad tus sueños”, dijo en su momento el poeta chileno Pablo Neruda. Esta frase cuenta la vida de Aura; Dios, su familia, la Institución y sus amigos le han dado la fortaleza para seguir adelante, claramente. Es difícil después de lo que le sucedió, pero va con la frente en alto porque su vocación es mucho más fuerte que el miedo.

Diseño, diagramación y corrección



www.imprenta.gov.co
Carrera 66 No. 24-19, Ciudad Salitre
PBX: (057) 457 8000
Bogotá, D. C., Colombia

 @ImprentaNalCol  /ImprentaNalCol



Crónicas sobre mujeres policías, víctimas en el conflicto armado interno colombiano

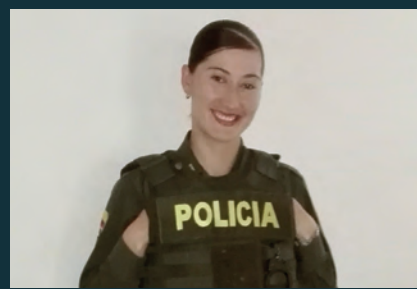
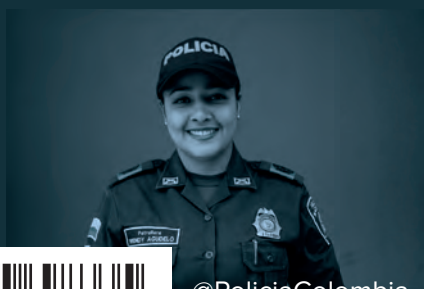
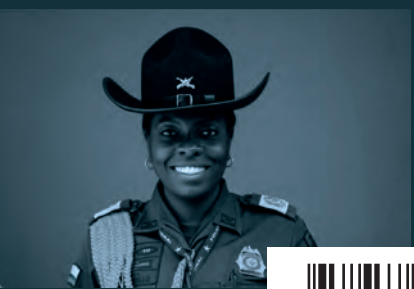


Colombia ha sido un país de víctimas un territorio de violencia constante. A lo largo de su historia ha tenido que ser testigo del sufrimiento, dolor y zozobra en gran parte de su población. Entre las miles de historias, encontramos mujeres que, vistiendo el verde aceituna de la Policía Nacional, demostraron su fortaleza, valentía y coraje hacia los más necesitados.



Cada línea que reposa en este libro, tiene como propósito dignificar, visibilizar y no olvidar a todas las mujeres víctimas de la Policía Nacional, así como a sus familias. El presente libro es un compendio de doce relatos que componen el intrincado rompecabezas de la historia reciente. La voz y los recuerdos de esta nación que han visto de frente a la violencia y han donado sus más preciados tesoros.

Las historias aquí descritas son un bien común, un patrimonio que debe ser reconocido por los colombianos como un deber legal y moral, para así contribuir, con ayuda del lector, a la Memoria Histórica Nacional.



@PoliciaColombia
www.policia.gov.co
/Policia Nacional de los Colombianos

